

Tiempo de Sombra

Carmen Delia Bencomo
Ilustraciones de
Ludwianna Piñero Pereira



Biblioteca
Carmen Delia Bencomo
SERIE **Novela**







GOBERNACIÓN DEL ESTADO
BOLIVARIANO DE

Mérida

**Gobernación del Estado
Bolivariano de Mérida**

Jehyson Guzmán
Gobernador

**Instituto Autónomo de
Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado
Bolivariano de Mérida IBIME**

Zenaida Hernández
Presidenta

Carlos Roberto Mora
Director



El Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

se encarga de ejecutar la política editorial del Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas del Estado Mérida (IBIME), dirigida hacia la difusión de la identidad de la población merideña y contribuir al desarrollo nacional, estatal y local.

Su objetivo es editar y publicar libros, revistas, folletos, desplegados y cualquier tipo de material biblio-hemerográfico y audiovisual sobre cultura y literatura merideña, con especial atención en la promoción de la lectura.

Ennio Tucci

Coordinador editorial

Milagro Meleán

Editora

Ludwianna Piñero Pereira

Ilustradora

Francisco Medina Tucci

Diseño gráfico

María Julia Rojas

Promotora de lectura

Tiempo de Sombra

Nota editorial:

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida, Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

1ª edición, Centro de Investigaciones Literarias.
Universidad de los Andes 1977
Mérida – Venezuela.

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

© Herederos de Carmen Delia Bencomo, 2022.

© **Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME**, 2022.

Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,
entre Avs. Gonzálo Picón y Tulio Febres Cordero.
Mérida, Venezuela.

Telfax: 0274-2623898

Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com

ibime.merida.gob.ve

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

Coordinación editorial: **Ennio Tucci**

Edición y corrección: **Milagro Meleán**

Diseño Gráfico y diagramación: **Francisco Medina Tucci**

Ilustración: **Ludwianna Piñero Pereira**

Promoción: **Maria Julia Rojas**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ME2022000238

ISBN: 978-980-8013-00-9

Encuentra este y otros libros en:

<https://carmendeliabencomo.wordpress.com>

Tiempo de Sombra

Carmen Delia Bencomo



Biblioteca **Carmen Delia Bencomo**
Serie **Novela**

A Orestes



Capítulo 1

A la sombra del almendrón jugaban unos niños que no eran los suyos. Mas, ¿qué era lo de ella? ¿El almendrón?, ¿la tierra?, ¿la casa? Nada. Todo se nos añade o nosotros nos añadimos a las personas, a las cosas. Nada es nuestro en este lugar.

Había clausurado un tiempo de sombra. Ahora estaba como un reo que repite la historia de su crimen, sobre los mismos escenarios. Nada había cambiado. Todo seguía igual.

La mujer se detuvo en el balancín que no cesaba de hundirse en la tierra estrangulando sus entrañas para extraer el jugo negro, la vida de aquel pueblo. «Así hay personas», Pensaba, mientras atravesaba la cerca que divide los dos pueblos: el que está destinado a los empleados de la empresa y el que se forma, a su orilla, de los residuos de ese pueblo.

El traje negro le recordaba a las horas oscuras que vivió en ese lugar. El silbato de la empresa sonó a pocos pasos y los carros comenzaron a cruzarse. También personas con el sol en la espalda, en la frente, en los ojos, en la sangre. De pronto, todo se llenó de ruidos y de gente que caminaba con prisa.

Un hombre la miró con extrañeza como se miran las cosas que no se han visto antes; y dijo algo para sí. ¡Nada había cambiado! Los ojos lujuriosos eran los mismos. Caminaba con fría indiferencia, como autómeta.

Por momentos le parecía imposible creer que había vivido sus mejores años en aquellas tierras prestadas a nuestra tierra, o hipotecadas a otros hombres. Empezaba a recobrar los rostros olvidados.

—¡Carajo! La puta aquella me quiso arrancar hasta el alma. Yo fui por complacerte, pues sabes que tengo mi mujer. No fue más que novelería o el macho que me hacía cosquillas. Esas mujeres que vienen, no buscan sino limpiarnos los bolsillos y dejarnos el diablo metido... pero me dijeron que esa levanta hasta un muerto... ¡No juegue chico...!

El diálogo se perdió con los pasos. Lo escuchó de espaldas a la orilla de la cerca. Nada había cambiado y volvió a mirar a los niños que jugaban a rodar sus mundos de colores y sus sueños. Se detuvo un instante, un instante nada más hasta que una gruesa palabra taladró sus oídos:

—¡Muchacho del carajo! Mirá que te estoy llamando y no me atendéis.

Una frase es suficiente para volvernos a la realidad, para ensombrecernos los pensamientos. Los pueblos se parecen a los niños: no responden a palabras duras, no reclaman y siguen silenciosos ante el ultraje, ante la ofensa, mas, un día se levantan contra esas voces, rompen las estatuas y quiebran los cristales con sus puños. Han arrastrado indiferencias, olvido, hambres, muertes. Herían las palabras el único momento jubiloso. un joven se detuvo indeciso ante su presencia, seguro de que era la persona que conoció cuando niño; la que vivió al lado de su casa y comía los almendrones que recogía en su jardín. Sonrió y la saludó. Ella se quedó mirándolo como trayéndolo de un cuadro antiguo y al fin, el nombre, los familiares, los labios con el morado del fruto:

—El viejo murió —dijo él—, la vieja está enferma y sola. Mi hermana se fue con un niño en la barriga. Yo trabajo en la Compañía. La casa parece un pájaro sin plumas, pues las matas, ¿recuerda? Se han secado. Mi madre no puede cuidarlas como antes y esta tierra es dura y brava, hay que amansarla a fuerza de agua. ¿Y el señor Gabriel? ¿y su mamá? ¿y sus hermanos? —preguntó abriendo un compás de espera a sus respuestas.

—Gabriel murió. Mamá igualita. Mis hermanos se han casado todos y la casa los extraña. Yo he vuelto unos días a descansar.

—¿Se recuerda de la señora Segunda? ¿La que hacía los chinchorros que a usted le gustaban? ¿La de la gallina que entraba a su casa, gallina que no salía? —dijo el joven, riéndose sin más comentarios.

Ella siguió el camino duro y los pies le ardían con aquellos vahos hirvientes. Los recuerdos quemaban y le molestaban las miradas de aquellos hombres. Tomó el primer carro que pasaba y ni siquiera volvió a mirar lo que dejaba atrás.

Repetía el hermoso cuento que había leído el día anterior donde un hombre que había viajado a otro pueblo se sintió solo y le vino a la memoria el recuerdo de las dos mujeres: la que compartía el hogar, y la que veía, como a los cuadros de su casa, con esa seguridad de que son de él; pero cansado un poco de sus colores y de sus líneas, y la otra que medía su piel con la suya, la que le ofrecía el sexo, cada vez con un nuevo

deslumbramiento, la que sentía correr su sangre y sabía de sus agonías, de su fuerza, de su calor.

«Los hombres tienen más libertad que las mujeres, –Pensaba–, no solo para los actos de la vida sino hasta para expresarlos, así con la crudeza y simpleza de la realidad». Un hombre puede decir sin tapujos las palabras gruesas y las que le empuja el pensamiento. En cambio, una mujer mide frases y calla muchas que le arden en el cerebro, en el vientre, por temor a ser mal interpretada o por no herir el cristal que la aprisiona. Se le vinieron también las cosas del pueblo donde nació. El pueblo vestido con banderas mientras las voces estaban prisioneras. El corazón le crecía ante el recuerdo. Allí todos los meses tienen nombre y signo: el mes del trigo y del café, el mes en que desborda el río sus aguas, el mes en que el hombre entierra su esperanza, el mes de la sequía, el del hambre y la muerte. Aquí todos los meses son iguales. Las máquinas no cesan. Los tanques se vacían y se llenan. El hombre, el reloj, a la misma hora, sin detenerse. La palabra midiendo el reposo, el sueño, el bolsillo.

Frente a la iglesia del pueblo, recordó cuando llegó junto a Gabriel, toda de blanco, con la mano derecha en la medalla que llevaba en el cuello desde niña. Pero ¿había dejado de serlo? Su imaginación seguía siendo igual a la de los niños: rica en imágenes. Los adultos no gozan de libertad. Son prisioneros de sí mismos. Entonces se dio cuenta que era un adulto y que estaba enfrentándose al mundo de los adultos.

Sí, era como una niña llena de sueños cuando estuvo frente a aquel hombre. Ya en la casa, el hombre cansado dormía sobre un diván.

Ella, sentada en el reducido cuarto donde se hallaba, comprendió que empezaba a ser una prisionera. Estaba sola. La respiración fatigosa del hombre y el ruido del ventilador le produjeron tristeza. Era la chiquilla que tenía miedo a una soledad jamás sentida.

Cuando despertó, el hombre estaba cerca con su misma actitud indecisa. Eran dos seres que se habían juntado para caminar sobre unas líneas que jamás se encontrarían.

A la mañana siguiente se fue Gabriel con un hasta luego y a pesar de quedarse más sola, la soledad en esos momentos era un alivio. Tomó un baño y se arregló con uno de los vestidos nuevos que había llevado. A las pocas horas regresó Gabriel con su madre, que buscaba en los ojos de la recién casada, las huellas de una felicidad que no existía.

—Pasé por tu casa y me preguntaron por ti. Dice tu mamá que parece como si a la casa le faltara mucha gente.

—Sí, debe ser así —dijo ella con tristeza—, porque yo soy la más alegre y bulliciosa.

La cama estaba en completo orden y no mostraba, todavía, los hundimientos que dejan los cuerpos con el tiempo.

Habían traído algo para comer porque la cocina también estaba sin tocar. La visita de la señora se le hizo larga. Tenía poco de qué hablar con quien casi no conocía, y todavía no había entrado en confianza con el hijo. Cuando se despedía en la puerta, pasó frente a la casa un viejo vecino, amigo de muchos años de su nueva familia.

Con una amplia sonrisa se acercó, y de una vez se dio cuenta que con él pasaría muy buenos ratos, pues era alegre, jovial y tenía un chiste a flor de labios.

—Creo que es la primera visita que usted recibe de un extraño —dijo él—. Leía en estos días, que no sé en qué lugar, al primer hijo que nace en un matrimonio, le ponen el nombre de quien los visita por primera vez. Así es que, si es varón llevará mi nombre. Aunque no sea bonito, no le pesará.

—¿Y cómo es? —preguntó con alegría, soñando con los hijos que vendrían.

—Nicomedes —dijo el viejo con gran dominio de sí mismo. Como si llamarse Nicomedes era lo mejor del mundo.

Una ligera sonrisa fue su respuesta.

—Ah —se rio él—. Ya verá que a fuerza de verme lo encontrará hermoso. Yo vivo allí —señaló una casa que dejaba ver a las claras una profunda soledad—. Tenemos que ser buenos vecinos porque no hay peor cosa que un enemigo cercano, ¿le gusta este campo?

—Sí, pero siento mucho calor. La casa es muy encerrada y no hay árboles cerca. —Por primera vez sintió aflojar la tensión que la dominaba y pensó que el viejo sería un buen amigo—.

Sembraré un árbol y ya verá que usted vendrá a disfrutar de su sombra.

—Sí, eso será mañana —dijo en tono burlón—. Le traeré una semilla de almendrón. Es rápido para crecer y se da muy bien en esta tierra.

El viejo se despidió cantando y desde aquel momento comprendió que no estaría tan sola, ¿Pero Gabriel no era suficiente compañía? lo miró cuando volvieron a quedar encerrados en la casa. Su alegría y franqueza lo animaron un poco y se tomó la punta de aquel ovillo que ninguno de los dos se atrevía a desovillar. Esa tarde fue el comienzo de una vida, pero el hilo seguía tenso. Hablaron de algunas cosas que ignoraban el uno del otro. Gabriel explicó algunos hechos con la crudeza que ellos tienen, sin mayores adornos y complicaciones. Las sombras despejaron un poco el camino, pero seguían empañando la visión de lo que ahora era una dura realidad.



Capítulo 2

Un fuerte silbato la despertó bruscamente. Era el primer llamado a los trabajadores de la empresa petrolera. Un nuevo elemento entró a formar parte de su vida. Gabriel se puso de pie. Perezosa, se quedó observando sus movimientos. Le notaba más ligereza en sus actos y es que la monotonía de un trabajo termina por hacernos sus esclavos.

—¿Quieres que te prepare algo? —preguntó.

—No, allá en la oficina venden café... y de todo.

Se fue apresuradamente. Unos minutos más tarde volvería a sonar el silbato para dar comienzo a las tareas. «¿Cómo puede soportar una persona tanto tiempo una vida así?» Pensaba, sin imaginar que también ella estaba encadenándose a lo mismo.

El tiempo parecía detenerse. A veces, experimentaba tranquilidad dar rienda suelta a la imaginación, y entre aquellas cuatro paredes volvía a recordar el día que salió de la iglesia con Gabriel, aquel hombre que se hallaba entre el grupo de curiosos, junto a la puerta, le dijo: «*Que sea muy feliz*». Pero ¿por qué le había impresionado? Era lo único hermoso que recordaba. Lo envolvió en una atmósfera de humano resplandor.

De pronto desechó ese pensamiento, pues Pensaba en otro hombre.

—¿Qué te dijeron en la oficina?

—Bueno... lo de siempre. Algunos me preguntaron por ti. Otros se extrañaron de que no hubiéramos salido de viaje; pero yo les dije que en las vacaciones lo haríamos.

Gabriel la miraba con extrañeza cuando lo interrogaba, porque Pensaba que le haría muchas preguntas que él no podría responder. Se acostó un rato y ella se sentó a su lado para leer el diario. Estaba ávida de noticias. De saber qué ocurría más allá de su encierro. «No podré soportar mucho tiempo esto así, tengo que hacer algo mientras vienen los hijos. Haré muchas cosas, pues vivir como un animal no me gusta».

Pensó en su casa y vio la figura alta y distinguida de su madre y la de su padre, alto y taciturno. Sus hermanos, todos menores que ella, llenos de risas y de sueños. Nunca escuchó a su madre hablar de su matrimonio y hace falta que los padres conversen con los hijos de esas cosas. ¿Por qué ocultar problemas si los hijos somos los peores jueces de los padres? Consideraba a su padre distinto a Gabriel.

El reloj marchó más rápido en la tarde. Un nuevo silbato anunciaba que las labores habían terminado por ese día. ¿Qué hacer después? Es imposible comprender cómo la mayoría de la gente de los campos petroleros invierten el tiempo sin provecho. Unos llegan a la casa y allí se quedan hasta que la noche los vence. Pocos leen. Otros se enredan en cosas inútiles, donde solo quedan las huellas del cansancio.

Algunos se entretienen en una mesa de dominó, como presos, matando las horas entre cervezas. Pero todos son corderos de un mismo rebaño, manejados por una mano oscura: el petróleo.

Gabriel llegó alegre y la miró con ternura, la noche vino callada y el campo estaba desierto. Entonces, la invitó a recorrer la parte de atrás que ella no conocía, no tenía casas sino la cinta negra de la carretera, caminaron un rato y se detuvieron frente al balancín que constantemente escuchaba por las noches, como un río que no cesaba de sonar y frente al caballo de hierro, en un lenguaje técnico, explicó Gabriel, para qué servía ese monstruo negro. Se quedó mirándolo, casi aletargada por su continuo balanceo.

—Allá queda mi oficina. Trabajan varios amigos que irás conociendo o recordando, pues casi todos estaban en nuestro matrimonio.

—¿Son buenos tus amigos? —preguntó buscando que el hombre le hablara de sus cosas.

—Sí, algunos son raros. La mayoría, gente buena y tranquila.

De regreso encontraron al viejo Nicomedes esperándolos:

—No crea que olvidé el ofrecimiento de ayer. Aquí le traigo la semilla —unió la palabra a la acción y sacó de su bolsillo una especie de almendra que le hizo pensar, al verla,

en la sombra que le daría ese árbol y en lo felices que estarían sus hijos comiendo sus frutos.

Gabriel miraba cómo el viejo hacía un hueco en el sitio que ella le indicó, y la mujer miraba cómo se escondía en la tierra una esperanza.

—No creas, que ya lo vas a ver creciendo. Mañana vengo para que nos sentemos a su sombra —volvió a decir burlón.

Gabriel sonreía, sin comprender que todavía ella era una chiquilla que se entusiasmaba por cualquier cosa. Él había vivido quince años más. Tal vez creció con más durezas o se había saciado de muchas cosas.

—Mañana iremos donde tus padres a que pases la tarde con ellos, mientras voy a una reunión con algunos compañeros. Se piensa formar un partido y estamos en las primeras conversaciones.

Mientras su padre dialogaba con Gabriel, las dos mujeres hablaban:

—Antonio no pudo dormir bien la noche que te casaste. Estuvo recorriendo la casa de punta a punta hasta que salió el sol. Lo notaba preocupado.

—¿Por qué?

—Bueno... cosas de padres. Tal vez porque es la primera hija que se nos casa.

Experimentaba una sensación extraña. Todo la confundía y el largo silencio, hizo comprender a la madre que a veces es mejor no hablar y dejar tranquilos los pensamientos.

Como si el trabajo lo hubiera agotado, Gabriel regresó con una expresión de cansancio y le dolía la cabeza. Un calmante lo sumió en un profundo sueño. Ahora la soledad, ofrecía nuevos círculos que giraban como si ella estuviera en el medio.



Capítulo 3

El ritmo de su vida fue, ni más ni menos, igual al de la mayoría de aquellas mujeres que vivían pendientes de un silbato. Hacía las compras, conversaba con las vecinas y se detenía en la dura tierra del jardín, que amansaba como lo hacía con su terreno interior. Cada vez se iba acercando a lo que tanto había temido: la rutina y la indiferencia, unidas al poco conocimiento de ciertas verdades que la ponían al borde de algo que no pensó pudiera ocurrir cuando llegó.

Ahora se perdía en el hueco de una realidad. Se miró extraña en aquella casa pequeña y encerrada, en medio de un gran calor que venía de fuera, como si el sol quisiera meterse por las ventanas. ¡Qué distinta la casa de su infancia! Grande, vieja, rodeada del frío que venía de las montañas. El patio lleno de plantas con flores, perfumando los corredores y ella corriendo detrás de una mariposa, o de un caballito del diablo, que le hacía presentir la visita de algún familiar lejano. Las bellas cosas que escuchaba a los mayores, que al ver al animalito dando vueltas por las habitaciones, decían: *«hoy viene una visita, hay que arreglar mejor la casa y ponerle más agua al caldo»*. Los recuerdos eran como toros encendidos que le alumbraban la soledad de aquel momento, y una ligera sonrisa endulzaba el instante, cuando evocaba a su madre inclinada en el jardín, como si de sus manos nacieran las rosas que de pronto la sorprendían alumbrando con sus brillantes colores, las sombras verdes del ramaje y la figura esbelta de su padre como un amo, capataz o patriarca, con su mirada

perdida en no sé qué extraños pensamientos, revisando todo y dando órdenes, listo para salir a su campo abierto. Todavía se sentía unida a su casa de años. En su nuevo hogar, era como una de aquellas plantas que su madre trasplantaba, al principio triste, pero después alegre y florecida.

Veía en Gabriel a un compañero por quien debía vivir, así como lo hacía él por ella y una mezcla de sentimientos fue creando una manera nueva de tratarlo. Las reuniones del recién nacido partido, le mantenían alejado hasta sábados y domingos. Formaba parte de la directiva y era necesario reunir más compañeros para hacerlo fuerte y mayoritario. Ella se quedaba sola. De vez en cuando, alguna vecina venía a conversar de cosas sin importancia que solo servían para distraerla. Le hablaba de los campos y sus nombres se le iban haciendo familiares: *Campo Blanco*, *Campo Amarillo*, *Campo Rojo*, los campos de los obreros con bonitos nombres; pero todos iguales y de un mismo color. Los de los empleados, con casas más grandes se distinguían con números: *Las 25*, *Las 50*. Los de los extranjeros: *Hollywood*, *La Salina*, *Tía Juana*, *Las Cúpulas*, pero a todos les dicen *Campo Staff*. Allí están las piscinas, los clubes, los campos verdes de golf.

Los que viven en el campo obrero sueñan con el día en que, por años o méritos en el trabajo, pasen a los campos de números y los de aquí viven con la obsesión del *Campo Staff*. Es la única manera de escalar mejores posiciones en sus viviendas; más comodidad, otras amistades y estar junto a los hombres y mujeres rubios que hablan otro idioma y que dicen nuestras cosas como niños, con la misma gracia de los que no saben hablar bien.

También están los médicos, ingenieros, venezolanos técnicos y las mujeres que juegan bridge, canasta o tenis; que se reúnen con las rubias a tomar el té y saben reír, con esa bobalicona indiferencia de nuestras costumbres que a los rubios les parecen graciosas.

También ella se contagiaba de esas mismas inquietudes, de esa curiosidad de saber cómo viven las otras mujeres de los otros campos. Por eso aquella tarde, se fue con la vecina al campo cerrado de los gringos para ver lo que vendía una señora que se iba de viaje. Era la oportunidad y allí estuvieron contemplando los muebles, cortinas, vajillas, utensilios de cocina, ropas, productos de tocador y belleza; todo usado, pero en buenas condiciones, porque ellas saben cuidar para poder venderlos como nuevos. Los trajes con etiquetas extranjeras, de fábricas de otros países y hasta pantaletas usadas, se vendían y se compraban. Le pareció extraño todo aquello, pues en su pueblo se regalaba a los más necesitados y su extrañeza fue a mayor, cuando al preguntar si se iban de nuestro país, supo que solo era de vacaciones, que como ellos compran todo allá en su tierra, venden para volver a adquirir cosas más modernas y más baratas.

Y como son muy prácticos saben lo que les dura el jabón y el champú, los cosméticos, los zapatos, los trajes, y saben también que a los venezolanos nos gustan las cosas de allá. Parecía una quincalla o bazar: botones, ganchos, juguetes, pantalones grandes y camisas con motivos de colores estampados, de esos que gustan a los vaqueros del norte y a los *musiús* criollos. Se dio cuenta, entonces, por qué muchas casas de venezolanos tienen los mismos muebles, adornos

y cuadros de viejos con pipas, colorados, bebiendo en unos bares distintos a los nuestros; por qué en la mayoría de las viviendas criollas no falta el bien equipado bar y no hay libros; por qué muchas mujeres de obreros o del servicio usan los mismos trajes, carteras y zapatos. Así era todo. Ellos nos compran petróleo y nos compran a nosotros. A cambio de petróleo, tenemos trasplantada en nuestra tierra, sus costumbres, sus artículos y hasta el idioma que tanto nos cuesta aprender para poderlos entender.

Nada compró ella porque tenía todo nuevo, aunque venezolano, pero más tarde iría cambiando sus cosas típicas y folklóricas por las grandes baratijas de ellos.

Le sirvió aquella visita para darse cuenta que, aunque con más comodidades, ellas también vivían un aburrimiento pendiente de un silbato, como todas, y del día que pudieran volver a su tierra con bastante dinero para vivir mejor. Los niños rubios, rosados y ligeramente trajeados, distintos a los niños nuestros: morenos, pálidos y bien vestidos, como si fueran a una fiesta.

Se suspendió la venta por esos momentos porque todas corrían a sus casas. Había sonado el silbato. Después llegarían los hombres a comprar muebles, licores, máquinas eléctricas de afeitarse, de preparar sándwiches, tostadoras de pan o aspiradoras. Las cosas que por temor las mujeres no llevaban. La vecina quería una de aquellas aspiradoras, pero no tenía alfombras. La dejó en reserva para ver si su marido la compraba, junto con la alfombra verde que cubría la sala. Pero había que cortarla porque la sala de su casa era más pequeña.

—Si tú compraras la otra mitad... —Dijo con los deseos de que ella llevara algo, pero su marido le había dicho que pronto lo cambiarían para una de las casas de números y entonces la perdería. Además, allí tendría que comprar cosas que le harían falta a su nueva vivienda.

Otra noche, una fuerte tempestad rugía como una fiera y entre relámpagos y truenos, se desencadenaba la lluvia. Desde pequeña experimentaba temor a estas manifestaciones de la naturaleza que allí parecían medrosas. En su tierra llovía fuerte, pero casi sin ruidos.

Las calles eran como ríos donde se ponían a viajar los barcos que se hacían con *Patria* o los otros periódicos que llegaban a su casa. Allá no se conocían los barcos grandes que llegaban por las aguas del lago a otros mares. Se sentía otra fiera acorralada que caminaba de un lugar a otro de la casa, sin tener de quién agarrarse y abrió la puerta, en busca de auxilio, en el preciso instante en que una mujer corría por la vereda angosta.

—¡Oiga, no se moje! ¡Venga a mi casa y espere! —era más un llamado de socorro que los deseos de ayudarla.

Sin dejarse rogar mucho, estuvo la mujer dentro y hablaron mientras el cielo se cruzaba de luces y de ruidos. En el tiempo que duró la lluvia, supo la vida y milagros de los habitantes del campo. La mujer los conocía muy bien a todos. No quedó a quien no se nombrara, y si bien algunos ya le eran conocidos, a otros los iría conociendo más tarde.

Por primera vez reclamó a Gabriel, cuando regresó, la soledad en que la tenía y con cierto enojo habló de volverse a su casa. En los ojos de él había una especie de asombro suplicante y le prometió no dejarla tanto tiempo sola. Desde esos días se hicieron más frecuentes las visitas de los familiares del marido.

Una nueva vecina acercó su soledad a la suya y sus conversaciones giraban siempre alrededor de sus relaciones íntimas. Al escucharlas, se figuraba al marido de aquella mujer como una especie de Apolo. La vecina vivía obsesionada por el sexo, algo que ella consideraba oscuro en su vida y aunque tratara de desviarla del tema no faltaba alguna palabra para seguir en lo mismo, como si fuera su única preocupación.

«¡Qué horrible debe ser sentirse esclava de algo!» Pensaba, pues se consideraba con esa libertad propia de los niños, que gustan de las cosas y las olvidan fácilmente. Se imaginaba al marido de aquella mujer, un ser distinto y veía a Gabriel con cierta superioridad porque no se dejaba dominar de esos instintos, esa red que aprisionaba entre las sombras.

Nada decía a Gabriel de aquellas conversaciones y estaba ansiosa de conocer al esposo de su vecina. No tuvo que esperar mucho, pues a la siguiente noche se detuvieron a la puerta de su casa. Experimentó una gran desilusión: bajito, delgado y con la mirada extraviada, perdida en algún aburrimiento. Lo comparó con Gabriel, fuerte, alto, y pensó que serían ilusiones de la mujer o el deseo de presentarlo con imagen distinta, presintiendo, tal vez, más cualidades en el otro. Recordó lo que había leído en esos días: «... *que la conducta superficial no es siempre una guía segura y digna*

de confianza y que la personalidad de la gente nunca es algo fijo...» no podía ir lejos, habría que empezar con ella misma, aparentando una felicidad y tranquilidad que no existía.



Capítulo 4

Gabriel siempre estaba silencioso. No sabía lo importante que es el diálogo o quizá no tenía mucho de qué hablar con su mujer, quien a veces, lo hacía partícipe de sus pensamientos.

—Tú sueñas mucho —le dijo un día y ella lo tomó como una censura.

Se volvió menos comunicativa con él y más con el viejo Nicomedes que se reía con sus cosas y la alentaba, a pesar de la gran diferencia de edades, pero las afinidades hacían quererlo como tal vez debe quererse a un padre con quien hay semejanzas. Su padre es muy distinto, tal vez tiene muchas reservas por su condición de montañés. Nicomedes es de las tierras orientales: franco, generoso, abierto. Ante el padre mide los gestos, las palabras y las cortas frases terminan, muchas veces, en recriminaciones. Nicomedes es marino y trabaja en la empresa en asuntos de mar y puerto. Ella conocía el mar a través de los libros y los cuadros, sin embargo, lo veía cambiante y hermoso, más que las montañas. A veces le parecían cortar su imaginación. Las miraba, cuando niña, como a los grandes hombres: indiferentes y difíciles o como mudas fieras guardando los pueblos de su infancia.

Todas las tardes esperaba al viejo con una taza de café. Él le traía jabones, quesos, potes de conserva o algún pañuelo bonito de los que le regalaban en los barcos. Gabriel cada vez llegaba más tarde porque eran muy abrumadoras las tareas del partido, y esa actividad constituía su mayor preocupación.

Era una actividad propia de hombres y a ella le complacía que dedicara las aburridas horas libres, en un ideal por el cual debía luchar.

Compartía sus ideas y se sentía compañera en sus propósitos. No hay cosa que una más a los seres que los mismos ideales. Llegan a ser tan fuertes como los lazos familiares. Comenzaba a tener algo en común con él y veía en cada miembro del partido un compañero y amigo. Estaban poseídos por una misma fuerza y la satisfacción de alguna tarea era superior al sacrificio de una fiesta, de un domingo de playa, de una compañía, y eran grandes las esperanzas. ¿No era ella también de singular importancia? ¿Por qué la mujer es un ser reducido a la espera? ¿Por qué la hembra de la especie más alta es la más prisionera?

Aquellas palabras del libro que leía parecían escritas por ella. Las páginas estaban marcadas, y subrayadas esas interrogantes. Si Gabriel lo hubiera hojeado se habría encontrado con aquellas frases como un llamado a reflexión, pero estaba tan ocupado en cosas más importantes que aquello podría ser una nimiedad o simpleza. Sus treinta y tres años era un factor. Muchos piensan que tener veinte años es tener la edad de la alegría sin problemas; es no pensar en algo serio y vivir solo para el goce de los sentidos y los sueños. Su salud y sus años plenos parecían un contraste con sus profundos sentimientos. Se le parecía el pequeño mundo que le rodeaba, una especie de equivocación. Tal vez hubiera vivido mejor en otra parte, entre árboles, contemplando el mar u otros paisajes naturales menos arreglados y artificiales que los que herían a diario su mirada.

Era como estar en otro país dentro del suyo. En las sombras se alzaban las torres de las cabrias, cual si fueran catedrales de ceniza de una ciudad lejana, de esas que se miran en la inmensidad del desierto. El lago cruzado de tuberías y gabarras y entre las aguas, como lotos negros, las grandes manchas de aceite.

Desde su casa miraba las otras casas. Las mujeres y los niños cruzándose por las angostas veredas. Muchos niños que no sabemos cómo se reparten, por las noches, para dormir en una sola habitación. Más allá, las casas de los empleados, más cómodas. No tanto como las de los extranjeros y los empleados de confianza, más cuidadas, que no se alcanzan con la vista porque están más alejadas.

—Nosotros no iremos a vivir a esas casas —dijo un día Gabriel— yo soy del Sindicato y estoy en un partido que lucha por muchas reivindicaciones que no están de acuerdo con la Empresa. Yo nunca seré «de confianza». Además, un día cualquiera nos iremos. Por eso también lucho, para abrirnos otros caminos donde se pueda ser más útil y vivir mejor.

Por primera vez le oía hablar en esa forma de sus pensamientos y aspiraciones y hasta se sentía contenta de saber que vivirían con libertad propia, sin depender de un silbato y del petróleo. Pero cuando leía el periódico, se daba cuenta que Venezuela entera gira alrededor del oro negro. La agricultura, la ganadería, todo lo demás es poca cosa, al compararlas con los millones que se cuentan por barriles diarios de petróleo.

Las compañías extranjeras son las dueñas de nuestra economía, Pensaba, y seguía amarrándose, como todos, a aquellas ideas de vivir con las comodidades que brindan los sueldos, las utilidades, los préstamos, el carro, el yate y las demás cosas que hacen dueños y esclavos. Pero, y el dinero que se recibe, sobre todo en diciembre ¿a dónde va? A los muebles, los regalos, las fiestas. Nada se guarda porque llueven miles de motivos para gastarlo.



Capítulo 5

El almendrón crecía y era casi un joven que no necesitaba tanta protección. Medía la fuerza de su tallo con sus manos, pensando en el día que pudiera sentarse a su sombra. El viejo Nicomedes compartía esas ansias, y sin pensarlo estaban unidos por una misma esperanza. El viejo llenaba sus horas de hastío. Su alegría, casi infantil, le daba color a su vida de solitario. Había quedado viudo cuando más necesitaba de la compañía de su mujer y sus hijos estudiaban en Caracas.

Siempre estamos amarrados a alguien o a algo. Jamás somos libres del todo. ¿Pero no estaba más amarrada que antes? Veía el pequeño jardín diferente a los demás. Rompía la uniformidad de aquellas viviendas con ese pedazo de tierra, antes vacío, ahora con berberías, angelones, cayenas, y el almendrón como una promesa de árbol, que hacía distinguirlo por su color, distribución y por lo acogedor y fresco para sentarse, por las tardes y noches, como lo había pensado. La tierra amasada con tesón daba sus frutos, en cambio ella permanecía sola, llevando en sus entrañas el sueño de muchos niños dormidos. Veía a las demás mujeres y les atribuía superioridad. Se sentía inferior a la mujer de un obrero. Esto se hacía más agudo cuando iba a la clínica, por cualquier dolencia y las veía con sus hijos esponjadas como semillas. Todas hablaban de los mismos temas familiares y ella no tenía nada qué decir sino contemplar esas cabecitas infantiles o esos vientres redondeados.

—¿Por qué no tengo hijos, doctor?

—¿Cuántos años tiene de casada?

—Año y medio —respondió con precisión como si hubiera contado los meses y hasta los días.

—¡Ah! Bueno, todavía tiene tiempo. No se apure. A veces los hijos no vienen tan rápido y es mejor así, para disfrutar un poco más, los hijos esclavizan —le respondió el médico.

¿Puede haber mayor esclavitud que estar atada a una soledad y a los pensamientos? Comenzaba a cansarse. De un lado Gabriel, lejano, del otro, la carga de sobresaltos, de angustias. Cuando Pensaba en él, embargado en silencios, con un peso, segura de no ser ella la causa, se sentía distante. Afuera estaba el campo abierto, los miles de caminos para ir a alguna parte y ella tan imponente ante la vida.

—¿Qué te dijo el médico?

—Me recetó una tontería. Le pregunté por qué no tenía hijos y me respondió que esperara, que ya vendrán.

—Sí, vendrán —dijo como si aquello no le importara mucho.

En el fondo, estaba vencido por la costumbre. A ella no podía someterse. «Si al menos tuviera un hijo a quien pusiera uno de los tantos nombres que en esa espera, tenía preparados.

¡Si pudiera dedicar parte de mi tiempo a un niño, no estaría tan sola y me sentiría útil! Ya el almendrón ha crecido y tendría mi hijo dónde jugar». Miraba cómo la tierra daba su sangre negra acumulada por siglos. Ahora servía para vivir de ella mucha gente, un pueblo, hasta el país entero. «Sí, esta tierra logró acariciar una semilla en sus espacios y convertirla en árbol, en cambio yo con mis venas jóvenes, por donde corre sangre nueva, no he podido albergar un sueño y hacerlo realidad».

Aquella noche, empujada por esos deseos, se acercó al hombre. Reclamaba, no el goce inmediato que algunas veces ocurría, sino ya una noble y fija idea: un hijo. Con desesperación le habló de esa necesidad y por primera vez los ojos de él revelaron preocupación al no poderla complacer. Ese sobrehumano esfuerzo lo sumió en una asfixia, como si se ahogara dentro de sí mismo. Por un momento, se sintió ella culpable y se alejó con sus ansias. ¿Costará tanto un hijo? ¿Cómo es posible, si hasta los animales los tienen sin dificultad? El silencio fue más profundo y entre ellos dos se interpuso un muro que los separaba. Entonces decidió volver a su casa y contar todo a sus padres:

—Es que me aburro mucho, mamá.

—Pero si él es muy bueno. ¿Cómo haces eso?

—Yo no quiero volver, mamá. Me quiero quedar aquí.

—¿Para qué te casaste? Una mujer tiene que acompañar a su marido. El matrimonio no es un juego de niños. Tú eres muy caprichosa. Vamos, te llevaré de nuevo y trataré de ver qué ocurre.

De regreso, iba sumida a sus pensamientos. «Rara, rara cosa, cómo la vida interviene con su voz en nuestra vida. Cuando queremos movernos y estamos apresados, el paso que damos ya no nos pertenece. Incluso las más férreas voluntades no acatan más que las órdenes de un ritmo que les es ajeno, en el que están comprometidas». ¿Quién mandaba esa fuerza que la empujaba fuera de su casa, que la echaba fuera, que la entregaba a ese hombre al que no amaba en modo alguno y del que conocía poca cosa?

Cuando llegó a la casa, hacía un rato apenas que él había llegado. Como los pasos de ella no iban más allá del campo, no extrañaba su ausencia que podía haber sido definitiva. Estaba acostado con un fuerte dolor de cabeza. La madre trató de indagar con él, pero no había nada de importancia. Tal como la madre imaginó. Allí tendría que vivir y allí, tal vez, morir.

—Me fui para no volver —dijo más tarde a Gabriel—. No dije nada a mi madre. Por eso estoy de nuevo aquí.

—¿Pero qué ibas a decirle, lo de anoche? Yo no tengo la culpa. No sé qué me pasa contigo.

—¿Ha sido solo conmigo? ¿Antes no te ocurría?

—No, pero todo pasará.

—¿Entonces es por mí que no tenemos hijos?

—Tal vez... habrá que verse con un médico... yo no sé nada.

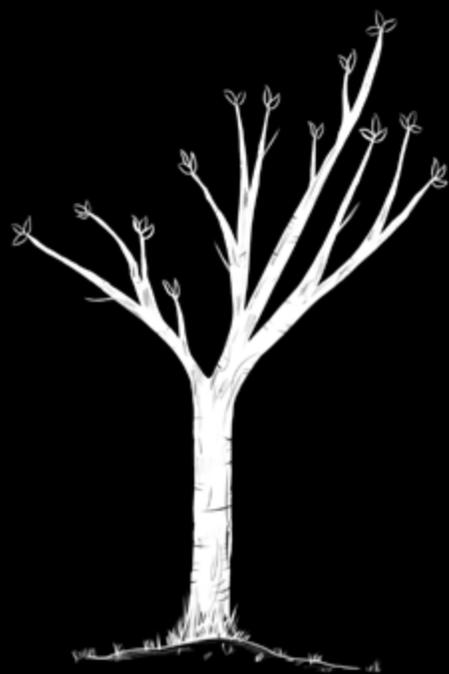
—Pero si soy yo la que tiene algún impedimento, no quiero que soportes este martirio. No quiero que sufras por mi causa... eres muy bueno. Si quieres podemos hablar con mis padres. Ellos nos ayudarán.

—No, no, es mejor no hacerlo. Yo te quiero mucho y me haces mucha falta. Has llegado a ser todo para mí. Si tú me dejaras me mataría. No me importa que no tengamos hijos. Contigo me basta.

Se abrazó a él llorando. Nunca le había hablado así. Siempre Pensaba que las palabras son las mejores armas y en ese momento, ablandaban el duro cimiento que empezaba a formarse en su vida extraña, y un nuevo sentimiento la unía a él, que trataba de compensar con atenciones y ternura, aquellas faltas que no podía remediar.

Estaba aprendiendo lo que significaban las cosas y las personas, por la influencia que ejercen en el ser en que uno ha de transformarse y se sentía más tranquila, como una bestia herida. Igual a todas aquellas mujeres que conocía por el apodo que daba cuando conversaba con Gabriel: la mujer del chino, la esposa del trinitario, la obsesionada por el sexo,

la que prestó las sillas cuando vinieron los compañeros de partido; la de enfrente, la de al lado, la que se le mató el marido en una gabarra y así, sin preocuparse por sus verdaderos nombres, como si aquello no tuviera ninguna importancia.



Capítulo 6

Las mujeres se cruzaban en las tiendas del pueblo con los últimos preparativos porque esa noche iban a una fiesta de carnaval, en el club donde se ofrecían premios a los mejores disfraces.

En la fiesta existían dos grupos: los extranjeros y los venezolanos. Petróleo sobre el lago que no se une al agua. Ellos aparte con sus disfraces simples, como la mayoría de sus gentes que reían de un vendedor de cochinos, un *musiú* gordo arrastrando un cerdo por la pista de bailar; una pareja, casi transparente, disfrazada «de dormir», como ellos mismos decían. Él con pijama y ella en dormilona con un vaso de noche en la mano donde bebía el licor importado, entre las carcajadas de los extranjeros y las miradas interrogantes de los venezolanos.

—¿Quiere que le diga quién es la mujer más linda de esta fiesta? —le preguntó el médico a la mujer de Gabriel.

Ella miró a todos lados buscándola entre las que bailaban.

—¿Quién? —preguntó.

—Usted —le respondió él con una extraña mirada.

—¿Yo? Pero si hay muchachas que se ven muy bien. Recuerde que soy casada —lo decía para defenderse de posibles ataques.

—Sí, pero ninguna es tan encantadora como usted, además, eso de ser casada no quiere decir que no pueda gustarle a otros hombres.

No sabía cómo responder. Cuando se es muy joven nunca se sabe actuar en estos casos, por eso le respondió al ver que su marido bailaba con su esposa:

—¿No piensa usted que a lo mejor mi marido esté diciendo lo mismo a su mujer?

—No creo, porque ella es muy fea —respondió con cinismo.

—Pero, así como le gustó a usted, le puede gustar a otro.

—No creo que su marido la vaya a cambiar a usted.

El silencio de ella se rompió un poco más tarde cuando escuchó su nombre. Era la ganadora del primer premio y el médico, integrante del jurado, al entregarlo, le dijo:

—¿Se fija cómo yo tenía razón?

Al día siguiente comentaba todo lo de esa noche con el viejo Nicomedes que la escuchaba con mucha atención.

—¡Mira, viejo —era la primera vez que le tuteaba—, ya vamos a tener almendrones!

—Eso debemos celebrarlo con dos cervezas bien frías.

Contemplaban la hermosa flor lila y el viejo pensó que sería bueno poner un bombillo sobre sus ramas para que alumbrara el sitio, por las noches. Trajo todo de su casa y después, en el almendrón, una lámpara llenaba de luz aquellas sombras verdes y en una mesita que pusieron al pie del árbol, ella le propuso que jugaran baraja.

—No, es muy fastidioso jugar barajas entre dos, el único juego para dos personas es el ajedrez —dijo el viejo con su clara franqueza.

—Pero el ajedrez es un juego de mucho pensar y a muy pocas mujeres nos gusta.

—Las mujeres no les gusta poner la cabeza sino para el sombrero. ¿Tú crees que si pensarán un poco se casarían?

—Ah, pero los hombres también se casan.

—Nos «cazan», que no es lo mismo —una carcajada del viejo rompió el aire.

—¿Es difícil jugar al ajedrez?

—Si se pone cuidado, no. ¿Quieres que te enseñe?

Las lecciones de aquel juego de guerreros le hicieron pasar buenas horas.

A la tarde siguiente llegó el negro trinitario, profesor de inglés, y a la luz de la lámpara verde, repetía las palabras confusas que, a fuerza de repetir una y otra vez, le iban aflojando la lengua. ¿Quién la empujaba a estudiar, a leer, a llenar los ratos? Había nacido para llevar una vida como aquella y no tenía más remedio que tratar de obtener el mejor provecho. Dicen que la mejor cátedra es la vida misma y ¡qué lecciones recibía en el duro y reducido espacio donde se desenvolvía! Tres veces a la semana, durante una hora diaria, estaba frente a aquel hombre tratando de comprender una nueva manera de expresarse. Para entonces era el idioma más necesario. Pero, si casi no necesitaba de su idioma ¿para qué aprendía otro? Este pensamiento le asaltaba algunas veces, pero los deseos de matar el tiempo lo mejor posible, le animaban a seguir en su empeño. También asistía a la clase de costura, de repostería, de mecanografía.

«Tal vez nunca llegue a necesitar de todo esto» Pensaba, pero cuando escribía a máquina algún trozo de lo que leía experimentaba una doble satisfacción.

Al negro profesor de inglés le llamaba la atención su soledad y le decía:

—Yo no me explico cómo un hombre no está todo el tiempo con una esposa como usted. Yo no la dejaría sola un instante, mucho más aquí que hay dos motivos para hacer insoportable la soledad: el calor y el aburrimiento.

—Yo no me aburro, profesor —respondía con rapidez, defendiendo en parte a su marido—.

Además, él está en otras cosas y no va a pasar todo el tiempo a mi lado. —Con un chasquido de boca, costumbre propia en él, seguía sin más comentarios.

La curiosidad empezó a rondar entre las vecinas. Algunas de ellas admiraban al marido y sentían deseos de conocer las intimidades de aquel matrimonio, pero ella siempre evadía conversar sobre estos temas.

Ese sábado se llenó el campo de gentes que, desde las puertas de sus casas, observaban los movimientos de una pareja que vivía cerca.

Aunque el hombre trabajaba en la misma oficina de Gabriel, resultaba uno de aquellos hombres raros a quien él se refirió una vez. Su mujer parecía asustada, siempre encerrada, también sin hijos. Pero esa mañana, el matrimonio ocupaba la atención de hombres y mujeres del campo y los demás diversos comentarios se tejían en torno a ellos: el esposo de la obsesionada por el sexo, se había visto varias veces dentro de aquella casa y el marido de la encerrada mujer se la llevaba a sus familiares. La casa quedó vacía guardando el secreto de algún drama íntimo de la pareja.

Entonces se dio cuenta de lo crueles y duras que resultaban las mujeres cuando de atacar o herir a sus congéneres se trata. Aquella pobre mujer fue víctima de los más horribles calificativos y en ningún momento, se escuchó palabras de compasión. Los hombres, al contrario, la veían como a una persona digna de lástima. «Hay más piedad en los hombres, Pensaba, y solo ellos estuvieron al margen de los comentarios».

También Gabriel y su mujer a quienes sus pensamientos les impedían deleitarse con los problemas ajenos. Esto no escapó a la obsesionada por el sexo, quien en un afán de defender a su marido, se extendía en decir que todo lo que decían eran calumnias, pues esa señora lo había llamado unas dos veces para pedirle algún favor. Era lo que su marido le había dicho. Pero al día siguiente, vino a preguntarle a la mujer de Gabriel si en verdad ella creía que su marido estaba siempre reunido con los compañeros del partido, como él decía.

—¿No se te ha ocurrido averiguar si es cierto? Mira que los hombres son muy embusteros.

—No, yo creo que es verdad porque a él, nada más le llama la atención. Solo su casa, el trabajo y el partido —respondió la mujer de Gabriel con orgullo.

—¿Por qué no vamos a ver? —volvió a decir la vecina.

—Pero ¿cómo?

—Déjame decirle a mi marido que nos lleve, que tú quieres decir algo importante a Gabriel.

Llegaron y allí estaba Gabriel en la casa del partido, en medio de varios compañeros.

Ese diciembre, el almendrón se cubrió de luces, adornos, y la sencilla cena de navidad unió a los familiares.

El viejo Nicomedes tuvo, esa noche, sus mejores chistes y sonrisas. Los vecinos se acercaban y un ambiente de paz y felicidad parecía reinar: era noche de paz.



Capítulo 7

Todos los días parecían iguales: el mismo calor, la misma luz, el mismo olor, pero ¿tienen olores los pueblos? Sí los tienen. Eso lo apreciamos cuando hemos conocido varios. Se nos meten los pueblos por los ojos, la nariz, la piel y muchas veces se nos agarran del espíritu. Al poco tiempo las primeras sensaciones se fijan o se diluyen y entonces nos sentimos parte de su vida como si hubiéramos nacido allí. Al principio, las pupilas se herían un poco con la fuerte luz del sol y del aire, venía un constante olor a petróleo, a barcos, a lago; y de sus orillas el aroma salobre de los peces, algas y vapores. Manchas de aceite sobre la tierra o sobre el agua como gigantescos nenúfares muertos o pequeños pozos, donde se miran el rostro los murciélagos y las brujas.

Esa mañana la gente había salido de sus casas como hormigas de su hormiguero. Hablaban en grupos corrían de un lugar a otro, y desde la puerta de la cocina, la mujer de Gabriel observaba aquella agitación. Los grupos de gentes se hacían más grandes en la casa de atrás. Una voz la puso al tanto:

—El hijo de la señora Rosalbina mató a un *musiú* porque no le quería dar sus prestaciones por varios años de servicios, como obrero, al servicio de la empresa. Varias veces trató de hablar con él, pero no quiso atenderlo hasta que se cansó y esta mañana se jugó la última carta...

Se fue detrás de la voz hasta la casa donde lloraba una mujer rodeada de varios niños. De lo sombrío de aquel cuadro se erguía otra mujer, bastante robusta y oscura de piel, toda llena de serenidad bondadosa. Explicaba con sus labios y sus manos lo ocurrido. Era la madre del obrero y en medio de aquella golpeada humanidad, las frases se quedaban en el silencio de muchos como mudas reflexiones.

—Yo se lo dije muchas veces: si no hay justicia, tenemos que tomarla nosotros. Ese diablo rojo que vino a pisotearnos no atendía a mi hijo que iba todos los días a las puertas, a reclamar sus derechos y como un perro castigado regresaba... yo fui con él a la policía y le dije que no se preocupara, que él no está solo... yo cuidaré de su mujer y de sus hijos...

Todo el campo, el pueblo entero, estaba conmovido, pero los que más cerca vivían la tragedia, eran los vecinos de Rosalbina. Del lado de acá, del campo petrolero de los obreros, había una sombra que invadía a todos. Nos unimos ante un problema que hacemos nuestro y es que bien podía haber tocado a nuestras puertas. Más allá de los límites del otro campo, el de la cerca de grama y *guachimanes*, el de los extranjeros, otra sombra y otros comentarios se tejían. ¿Qué dirán los hombres blancos y rosados y las mujeres de esos hombres en su lengua o en su media lengua nuestra? ¿Qué dirían y harían los criollos que viven compartiendo comodidades? En sus conciencias tal vez la muda solidaridad hermana; pero también la razonable frase que censura a la actitud agresiva del hombre cansado, humillado y despojado

de sus derechos, de su tierra, de sus riquezas. Había que esperar la decisión de los jueces y abogados mientras en la cárcel, un hombre espera su condena y unos niños inocentes lamen su tristeza sin comprender las razones de la ausencia de su padre.

Varias veces estuvo la mujer de Gabriel en la casa de aquellos seres y miraba a Rosalbina llena de fuerzas. La escuchaba con su lenguaje casi rudo y primitivo donde no cabía la desesperación ni la derrota. Hablaba siempre con la ayuda de los filósofos refranes del pueblo, con la integridad del que ha sufrido mucho y se ha hecho una coraza para defenderse.

—Debajo de la basura está el alacrán. Nunca sabemos cuándo nos va a picar, por eso debemos estar preparados. Yo soy franca como el agua de tomar, por eso le decía a mi hijo que uno debe soportar todo, menos que lo humillen en su misma tierra. Tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe... pero esas son cosas de hombres. Yo le busqué un buen abogado pa' que me lo defienda. Mientras yo viva no le faltará nada a su mujer ni a sus hijos. Mire, estas manos están feas, pero seguiré haciendo comidas, conservas, lavando... arriba está el que pa' bajo mira...

Cada palabra, cada frase, dicha así como al aire, dejaba una profunda impresión en la mujer de Gabriel, prisionera de ella misma y que tanto necesitaba de aquellas fuerzas.

Rosalbina hacía resistencia a sus grandes problemas con esa manera de afrontarlos que, más hacían admirarla que compadecerla.

Ya no se le escuchaban reproches, odios, maldiciones. Ahora le quedaba una liberación que consideraba justa:

—Yo levanté esos cuatro hijos sola. El hombre con quien vivía me dejó esos cuatro muchachos para casarse con otra y cuando me lo dijo no le lloré, le dije adiós como se le dice a un muerto. Y nada les ha faltado. Todos trabajan y me salieron honrados y buenos. Una vez llegó el hombre y que a ver sus muchachos y a que volviera a ser su mujer, entonces supo quién es Rosalbina, pues lo puse en la calle: mis muchachos no necesitan de usted ni yo tampoco, váyase que yo me valgo sola...

Otro día la vimos salir con la mujer del hijo preso y sus muchachos, y los pocos muebles que tenían. La casa cerró sus puertas para volverlas a abrir a otra familia que viviría en ella cuando se la asignaron a otro número de la Empresa. Y la casa del *Campo Staff*, donde vivió el *musiú* y su familia; también cerraba sus puertas para abrirlas más tarde a otro número Staff.

El diario de la mañana mostraba la fotografía de una mujer y dos niños que salían hacia el norte en busca de su patria, dejando atrás el recuerdo del hombre que se quedó sembrado junto al jugo negro y amargo del petróleo.

Los días siguieron con la misma luz, el mismo calor, el mismo penetrante olor del aceite, del lago y sus orillas.



Capítulo 8

Se debatía entre sus pensamientos sin poder dormir y al darse cuenta que Gabriel estaba despierto, se estrechó a él en busca de sus fuerzas. Él la miró con tristeza y los intentos de acercarse más le provocaron asfixia. Volvieron los temores y las carreras para aliviarlo. En la mesa de noche existía una especie de farmacia con cajas y frascos que le daban en el dispensario: gotas, pastillas y una bomba para hacerlo respirar. Ella se sentía más culpable y lloraba casi desesperada. Todo esto hizo reaccionar a Gabriel, que se puso de pie y vistiéndose dijo que no soportaba más, que se mataría, y se fue por la puerta de la cocina.

Era media noche y no quería ir tras él para evitar los posibles comentarios de los vecinos.

Desde la ventana lo vio frente al balancín. Allí permaneció hasta que se tranquilizó y a su regreso volvió a reinar el silencio para acabar con aquel angustioso momento. *«¿Por qué nací para llevar esta vida? ¿Por qué tenemos que vivir así dos seres que hubieran tenido mejor suerte?»* Se hacía estas preguntas cada vez más confundida.

Nada es tan cruel como las repetidas interrogantes que nos hacemos y nada es comparable a una noche de remordimientos. Desde ese instante se fijó el propósito de no acercarse más a Gabriel para reclamar sus caricias. Afortunadamente, para quien es joven, el vuelo de un pájaro, el misterio de la noche, un traje nuevo, una persona, hacen cambiar en risa lo que pudiera ser llanto.

El inicio de un fruto en el almendrón la llenó de esperanzas.

—¡Viejo! ¡Viejo! Corre para que veas. ¡Pronto tendremos almendrones!

Mientras salía el viejo Nicomedes, extendió su mirada hasta el balancín donde la noche anterior estuvo Gabriel entre una lucha de vida y muerte. Por primera vez lo vio sin movimiento y arriba, en la torre, unos hombres, como banderas humanas.

Qué pequeños son los hombres ante las máquinas, pensó y volvió a mirar el quieto caballo de hierro. Le sacaba tubos de acero como si el duro sufrimiento del hombre que estuvo frente a él, lo hubiera paralizado. A veces le atribuimos a las cosas, sentimientos que no tienen.

El viejo llegó abotonándose la camisa. Siempre estaba dispuesto a complacerla y en aquel momento había una razón poderosa, pues él también giraba en torno a ese árbol.

—¡Pronto comeremos almendrones! —dijo con su alegría casi infantil.

—¿Te fijas? Tanto que te burlaste de mí la mañana en que todavía no lo habíamos sembrado... ah, viejo, no fumes tanto, ni salgas de noche a la puerta, sin estar cubierto porque te hace daño, te escucho tosiendo mucho.

—Ajá ¿espíandome? ¿Y qué hacías a esas horas levantada? Por cierto, que vi a tu marido salir. ¿Le ocurría algo?

—No, escuchamos un ruido extraño y salió a ver qué pasaba. Debe ser que se dañó el balancín, pues mira, lo están reparando.

—Ay, cará... no me había fijado y no me explico por qué no extrañé su ruido. Uno se acostumbra a todo.

—¿A todo, viejo? Yo no creo acostumbrarme a esta vida. Me parece como si yo fuera distinta a todas estas mujeres y a veces me siento muy sola.

—¿Y tu marido?

—Bueno... cuando él no está, me refiero. El único que me hace sentir bien eres tú.

—Gracias, gracias. Yo pienso lo mismo; pero yo estoy viejo y tú estás empezando a vivir. A veces te veo triste, ¿sabes? Pero debe ser que te hace falta un hijo.

—Debe ser. Primero dio frutos el almendrón —y mirando con tristeza el árbol, trató de desviar sus pensamientos.

Se sentía una mujer muy débil e incapaz y aquella pesadumbre le golpeaba el alma, las entrañas, todo su ser. «Hay muchos que sufren por otras cosas, Pensaba». «Hay otros que son indiferentes, tienen ojos y no quieren ver; otros guardan sus manos en los bolsillos y siguen siendo avaros; algunos enmudecen ante el dolor ajeno; los que pisan la tierra

sin medir el tránsito de sus vidas; los que pasean en lujosos carros y hieren el camino de los que nada tienen. Aquellos mismos hombres del campo debían sufrir al pensar que sus fuerzas y energías están dedicadas a hombres extraños».

Pensaba en los solitarios y respiraba hondo. Su marido era quien más dolor le producía. Había en él una mezcla de sentimientos: el inmenso y egoísta afecto hacia ella y el remordimiento de hacerla víctima de su egoísmo y de sus debilidades.

Ella se debatía entre pensamientos oscuros con el termómetro en la boca. Miraba todo con tristeza. La fiebre la hacía delirar: «Hay muchos desterrados y yo soy una desterrada de la felicidad. Por el cuerno del aire llegan los quejidos. No hay lumbre y hay niños como perdidas palomas sin poder hacer nada. Sube una sombra que me hurga los ojos y oscurece el día. Las interrogantes doblan la última punta del pañuelo. El silencio apenas deja oír el paso de los hombres que van hacia el trabajo mientras otros, los que amasan el oro negro, se miran las manos llenas. Los que viven más allá de las rejas de este campo esperan los mendrugos y arropan a sus hijos con la espera. A veces comienzo por creer que una escalera oculta una araña o un peldaño roto y mido mis pasos para caer en el vacío. Y pienso en las cosas que entintan otros pueblos que ignoran las horas del lucero porque las plazas han renunciado a la esperanza. Y todavía voy más lejos donde los hombres llenan de sangre las medallas del pecho y siempre una espina en cada flor del mediodía. Donde los cirios encienden sus hogueras de muerte.

Donde los hombres regresan con sus muletas y sus ojos de vidrio para vivir la mitad de su vida entre la mitad de su muerte. Los relojes se cruzan de brazos porque no pueden detener la hora de la guerra, del crimen, de la injusticia. Una pequeña luz nos hace ver más claro y presentimos la tristeza, y nos unimos a ella, nos quedamos en silencio, y nos hiere la sola presencia. Miramos hacia donde su sombra nos persigue...»

—Sí. Es una fiebre muy alta —dice el médico.

Entre las gentes que la rodean está Gabriel con una sensación de angustia como si su vida dependiera de la de ella. Es una fiebre infecciosa que dobla su existencia. Hablaba en sus delirios de cosas que nadie comprendía. Solo un alucinado o un ser afiebrado podría entender aquella forma de hablar. Había soltado los caballos de su sangre. Los barcos que tenía amarrados. Era como una gigantesca ola de mar embravecido que trae en sus resacas, peces muertos, piedras, esqueletos. Era como un río de sus Andes cuando la lluvia provoca sus furiosos.

Ahora yacía casi indiferente. Seguir viviendo era igual que seguir muriendo. La fuerza de la fiebre le había hecho perder ese instinto de luchar por la vida que tenemos todos. Los que luchaban por su vida eran los demás. Vio a sus padres como si hubieran huido de ella. Sus rostros se perdían entre las nubes del delirio. Al viejo Nicomedes, por primera vez triste. Empezaba a perder la alegría que sostenía esas soledades: la soledad del viejo que ha mirado muchos mares y cerrado algunos puertos.

La de ella, la soledad del joven que estrangula sus pies y sus manos y se niega a mirar el horizonte.

La luz del *mechurrio* cruzó todos los rostros que tenía al frente, como si les diera latigazos o les desnudara sus pensamientos. Miró el ancho resplandor y era más sombrío el cuarto detrás de la ventana, de nada le servía ese candil de fiebre que llevaba dentro si lo apagaba una luz de tierra. Cerró los ojos para mirar solo en su interior mientras el almendrón soltaba algunas hojas amarillas, lanzadas al aire. Mensajeras que solo el verde conocía.

Pasado el peligro, todo volvió a su normalidad y su marido puso fin a sus angustias y ternuras. Allí cada palabra que arrulla tiene un número y se usa un día, una hora, como un traje. Bajo la sombra del árbol fue recobrando sus disminuidas fuerzas. Una de esas tardes, vinieron los familiares de Gabriel y con ellos vino Alberto. Había llegado de Caracas y al oír su nombre recordó que ya antes lo había escuchado. Venía a trabajar con la empresa. Casi en seguida se dio cuenta que aquel joven tenía, como ella, muchos pájaros prisioneros en su pecho y más que la mirada y el roce de la mano, fue esta su primera comunicación. A fuerza de observar comprendía a los demás con facilidad.

—Alberto vivirá en este campo, en las casas de solteros. —dijo su cuñada—. Está más cerca de ustedes. Espero que lo ayuden.

Dijo aquellas palabras como si fueran dirigidas solamente a ella. Imaginó que así debía ser. Alberto estuvo casi en silencio.

Las pocas palabras que pronunció le hicieron comprender que no era un joven corriente y que también de él aprendería muchas cosas.

—¿Qué le hizo venir a trabajar aquí?

—No conseguí trabajo en Caracas.

Aquella pregunta le hizo recordar la mañana que vino un evangélico a darle unos libros y a quien prestó mucha atención. Siempre se aprende de los demás y no perdía esas oportunidades. Aquel hombre explicaba el contenido de sus libros y creía ver en ella algún interés o imaginaba que sería fácil de convencer. Entonces por defender algo que desde niña tenía, sus creencias religiosas, le dijo:

—Yo soy católica.

—¿Por qué es católica? —le preguntó el hombre para confundirla.

—Bueno... porque es la religión que me han enseñado mis padres.

—¡Ah! ¿Entonces usted no lo es porque haya sentido un llamado sino porque se la han impuesto? —Se extendió en una larga explicación que la hizo callar.

Afortunadamente su marido, que acababa de llegar, puso fin a la interminable charla.

Aquello le quedó de experiencia para adelantar las preguntas, en otra ocasión. Había que estar preparada. Todas las religiones se parecen y son buenas, como los partidos políticos, se decía.

Eran continuas en el campo, las visitas de predicadores, comerciantes y vendedores. Unos para «conquistar almas», otros para conquistar dinero. Adivinadores, leyendo el futuro por unas cuantas monedas. Miles de baratijas por cuotas. Modos de vivir a costa de aquella aparente abundancia.

Otro día un nuevo predicador volvió a interrumpir su soledad con sus palabras encendidas y sus libros.

—¿Usted es evangélico?

—No, adventista.

—Y ¿por qué es adventista?

—Verá usted, —se acomodó mejor para seguir— cuando era muy niño, un amigo de mi padre me regaló una biblia y empecé a leer. Me gustó mucho y cuando leía en el Génesis que Dios creó todo lo del Universo y al hombre, descansó el séptimo día. Comencé a averiguar cuál era el séptimo día y me dijeron que el sábado. Entonces me puse a buscar una religión que guardara ese día, pues pensé que estaría en lo cierto.

Parecía una explicación muy simple, pero a él no le importaba y seguía como si fuera poseedor de la verdad. También vendía libros y cuando dijo que con eso se ayudaba a pagar sus estudios trató de interesarse en alguno.

Miró varias veces *El Consejero Médico del Hogar*, pues Pensaba que lo necesitaría más que ningún otro y aunque la empresa tenía sus médicos, iba perdiendo la fe en ellos porque le parecía que recetaban los mismos medicamentos numerados. Se extrañaba que esos hombres pasaran tantos años de estudio para resignarse a recetar agüitas y pastillas para dolores de estómago, de cabeza, de vientre. Cuando había una enfermedad más seria o una intervención quirúrgica, enviaban el paciente a Maracaibo y se quedaban perdiendo la oportunidad de una investigación o de una práctica.

El adventista la miró y también miró la casa donde todo era nuevo y pensando que se trataba de una recién casada le recomendó: *El cuidado de los niños*, que ella hojeó con tristeza y se detuvo en las ilustraciones. Sentía deseos de decirle que ese no lo necesitaría, mas, quería terminar pronto aquella entrevista y para ayudar a sus nobles propósitos se quedó con el manual que encerró en el estante.

Perdida en estos pensamientos no supo de qué hablaron los familiares de Gabriel y como si regresara de algún sitio, volvió a formar parte del grupo. Alberto seguía todos los pasos en silencio.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó ella segura de que todos deseaban un refresco y se puso de pie para ir a la cocina. En ese momento, Alberto preguntó:

—¿Cómo se llama ese árbol?

—Almendrón —respondieron todos.

Alberto le preguntó si le gustaba leer y ella le dijo que no solamente le gustaba, sino que lo consideraba como indispensable para matar el tiempo largo que se vive en estos campos.

—Mañana te traigo un libro que terminé de leer y que me pareció muy bueno.

—¿Te gusta este campo?

—Bueno, la verdad es que no he tenido tiempo de conocer nada. Mañana empezaré a trabajar en la revista de la empresa.

Siempre queda pendiente un mañana en nuestras vidas, pensó ella, mientras iba en busca de lo ofrecido.

El ayer es un mañana que pasó y el presente un mañana que se vive. Todos los días llega el sol con sus ramas verdes, aunque llueva cenizas el aire y amanezcan los ojos vendados por hormigas.



Capítulo 9

Pasadas las cuatro de la tarde la vereda era un río humano. Los hombres regresaban y ella les miraba los cuerpos cansados, como si llevaran cuerdas atadas a sus tobillos. El viejo Nicomedes siempre traía algo escondido en sus bolsillos. Alberto llegó con un libro. Los tres junto al almendrón, hablaban y el café levantaba sus aromas como en un rito. Recordó su pueblo, el río, los bucares, los nidos y las gentes. «En mi pueblo todo es distinto, decía, allí no se habla de petróleo. Los ojos, manos, sueños, están llenos de tierra, de cultivos. Aunque muchos trabajan tierras ajenas, son tuyas sus esperanzas y el poco dinero. Todo es tranquilo, fresco y sencillo».

El viejo sacó un pañuelo azul y ella adornó su cuello. Alberto dijo que le quedaba muy bien mientras desde la radio llegaban las notas de una pieza que él identificó alegre.

—¿Te gusta la música? —preguntó ella con cierta alegría.

—Sí, mucho —le respondió—. Allá en Caracas no perdía concierto. Precisamente en ese libro que te traje dice que «la música borra las pequeñeces». Ya verás, te va a gustar mucho. Después lo comentaremos. No quiero que pierdas interés y me voy porque hoy ha sido mi primer día de trabajo y estoy cansado. Cuando hace calor se nota más el cansancio, pero me he dado cuenta que ese mismo calor lo tiene la gente de este pueblo, me ha gustado su cordialidad, su alegría, y aunque soy un poco triste, la alegría de aquí es contagiosa.

Se quedaron ella y el viejo. Un silencio triste se cruzaba por el rostro de Nicomedes. Esa tarde recordó a sus hijos con más insistencia y le habló de ellos. Casi nunca lo hacía pues sabía cubrir los sufrimientos con chistes y sonrisas. Le mostró los retratos que había recibido y leyó sus cartas: «*Ellos se están preparando para no trabajar tan duro como yo*», decía el viejo, con un deseo de que la vida fuera distinta para ellos. Ese noble sentimiento que impulsa a los padres para que sus hijos vivan mejor.

—Viejo, tú necesitas descansar ¿por qué no te tomas unas vacaciones?

—Y ¿acaso dejar de trabajar es descansar? A veces es necesario dejar de vivir —respondió muy triste.

Le pareció extraño que el viejo hablara así y un nudo de espanto le atosigó en el cuello como si el pañuelo azul quisiera ahogarla. Miró sus arrugas, las que no se le veían al reírse, sus canas, su cuerpo, ese aflojamiento propio de los años que hace mirar más hacia abajo, como si nos hiciera pensar que la tierra se nos pone más cerca.

—Acuéstate, viejo. Yo iré más tarde y si necesitas algo, llámanos.

Se quedó mirando aquel ser que significaba tanto para ella apagando sus últimas lámparas y sin poder hacer nada. Miró a todas partes, al balancín que se movía sin descanso

día y noche, al almendrón que había cambiado sus hojas viejas por nuevas y se preguntaba ¿por qué los árboles tienen más duración que las personas? Y era de ver aquella interrogante cruzándole en busca de las respuestas que nadie podría darle. El viento recogía las hojas difuntas, los huesos de la tarde lloraban sus crepúsculos.

La noche estaba clara. El campo parecía más solo que nunca. Todos encerrados en sus casas, en sus pensamientos. A lo lejos como ciudad de luces, los *mechurrios* con sus constantes llamas, en rivalidad con la luz de la luna. Las torres del petróleo con sus armaduras de hierro. Y más allá de la casa, el campo de los extranjeros, sus casas altas en desafío con las humildes viviendas de los obreros. «Vivimos arrimados a sus riquezas», Pensaba, y desviaba sus pensamientos al escuchar la tos persistente del viejo Nicomedes.

Sentada bajo el almendrón, observó en su tronco una herida y descubrió en la madera el mismo olor de sus orígenes. Entonces el árbol le enseñaba cómo se puede sufrir en silencio. Pensó en su marido y en su renuncia. Era tibia la tarde. El *mechurrio* levantaba sus hogueras y dejaba ver el muro que esconde los relámpagos y la torre que alza sus celdas de aceite en el mismo instante en que el árbol sangra. Así es la vida, mientras la tarde regala mandarinas, espinas, lunas la noche afila sus cuchillos para brindar el sumo amargo. Todos dicen que la vida es una esfera de colores que pone a girar sus luces y a cada imagen se unen otras; que muchos astros se reparten el aire y es pequeño el espacio de la tierra. Y se pregunta ¿para qué he venido? Y se responde que ha venido para vivir como un árbol, una pequeña luz o quizá como un camino.

Ellos nacen, crecen, engendran nuevos árboles, luces. Después caen con sus brazos llenos de frutas, de sombras o de pasos, pero todos regresan: los caminos, las montañas, los ríos, y siguen presenciando soledades y muertes. Todos recobran su existencia cuando la palpan los brazos del sueño.

Desde allí vio venir, esa tarde, al viejo Nicomedes y a Alberto. Los miró con alegría.

—¿A que no sabes qué te traigo? —dijo el viejo—. Si lo adivinas es tuyo.

—¿Es de comer? —dijo ella pensando en algún sabroso dulce.

—No, y tienes dos oportunidades más.

—¿Algún adorno?

—¡Mujer al fin! —dijo el viejo—. No piensan sino en comer o en lo que se ponen encima. Me estoy desencantando de ti. No debería darte nada. Vamos, otra vez.

—¿Qué puede ser, entonces? Ya no encuentro qué decir. ¿Será una flor?

—Perdiste, pero te la voy a dar de todas maneras —y puso en sus manos una polvera que al abrirla era una caja de música.

—¡Ah, qué linda! ¿Y qué pasó? ¿Te la robaste o te la sacaste en una rifa?

—Esta mujer sí es desagradecida. ¿Acaso olvidé que es tu cumpleaños? —y dirigiéndose a Alberto, le dijo—: Tiene tres meses diciéndomelo y hoy se hace la loca.

Alberto reía y lamentaba no haber traído algo.

—¿Has leído el libro? —le preguntó Alberto

—Sí, casi lo termino. ¡Es muy bueno! ¡Qué personajes tan interesantes! Cada uno merece un comentario.

—Ya esto se echó a perder —dijo el viejo— ahora no le ofrecen a uno café. Me voy a tener que mudar de pensión.

—Ah, porque me traes una polverita ya quieres reclamar, dígame si me hubieras traído un carro —respondió mientras iba en busca de café y torta.

Cuando se marchó, el viejo comentó con Alberto la forma tan hermosa de recordar su infancia el periodista del libro. *«A pesar de su soledad y su trabajo, la evoca como lo más hermoso y lo único que vale la pena recordar».*

—Y tiene razón. La infancia es como un estado de ánimo que nos permite vivir en un sueño, sin preocupaciones, sin obligaciones.

—¿Fue muy linda tu infancia? —preguntó ella.

—Fue tan linda que parece como si la llevara en el bolsillo para mirarla siempre, aunque al nombrar bolsillo recuerdo que me molestó mucho la vez que me pusieron en él un sapo y es el animal que más repugnancia me inspira. Quizás es lo único desagradable que recuerdo de esa edad.

—¿Te impresionaban los sapos? A mí eran los alacranes. Había muchos en el pueblo donde vivíamos y una vez me picó uno que por poco me mata.

—Recuerdo que cuando niño coleccionaba los libritos de Callejas. Los compraba con el dinero que me daban y lo que más me gustaba eran las charadas.

—Y yo coleccionaba alfileres de palomitas.

—¿Alfileres de palomitas?

—Sí, eran unas palomitas de vidrio de varios colores. Las guardaba como un tesoro.

—Mañana tengo que hacer un trabajo sobre la vida social en los campos petroleros y no encuentro la forma de empezar —dijo Alberto.

—Debe ser muy grato escribir, pero muy difícil.

—Sí, es muy grato y muy difícil. Hay que trabajar continuamente. Un escritor no se hace de la noche a la mañana. Hay que leer y escribir mucho. ¿A ti nunca se te ha ocurrido escribir algo? ¿Un poema, un cuento, un diario?

—Yo no nací para ser escritora, a veces pienso que pudiera escribir, pero no me atrevo.

—Bueno, se puede empezar por lo que se piensa y continuar por lo que se siente y se vive.

—Pero si yo fuera a escribir lo que vivo resultaría muy fastidioso y terminaría por cansar a los que me lean.

—Entonces escribe lo que sientas. Para esto no hay nada mejor que la poesía. ¡La poesía es grande! Puedes expresarte en un lenguaje bello y decir todo como si te arrancaras la piel del alma.

—Pero me parece más difícil escribir poesía.

—Entonces comienza por relatar lo que llama la atención, de tu vida, de la vida de los demás, —y mirando el balancín continuó— hasta ese mismo ser mecánico que hurga el corazón de la tierra puede servir. A ti te gustan las novelas, ¿por qué no tratas de hacer alguna?

—Sí, pero no me gustan las novelas autobiográficas porque el autor trata de ocultar muchas cosas que a lo mejor son las más interesantes.

La única autobiografía que me parece sincera es la de Isadora Duncan, la célebre bailarina que se desnudaba para bailar y para escribir. Leyéndola he podido darme cuenta de la grandeza de su espíritu. Era tan alta que los hombres jamás la alcanzaron. Parecían topos enamorados de una libélula.

—Pero si eso que estás diciendo lo puedes escribir. ¡Es hermoso! Vamos a hacer un pacto: esta noche escribimos algo y mañana en la tarde nos lo damos a conocer. Yo te prometo un poema y tú lo que se te ocurra. Yo te diré si vale la pena. ¿Trato hecho?

Aquella conversación al parecer simple, los acercaba y con extrañeza se dio cuenta de que jamás había hablado de estas cosas con Gabriel.

Él llegaba en ese momento y lo miró de arriba a abajo como midiendo su recia humanidad, tratando de buscar su infancia.

Había llegado más temprano porque recordó su cumpleaños y traía un anillo que él mismo colocó en su dedo. Por unos instantes los brillos transitorios hicieron llenar de luces sus ojos.

Alberto y él hablaron de cosas sin importancia y cuando se fue Alberto, ella le dijo:

—¡Qué bueno es Alberto! ¡Y es muy inteligente!

—Sí, sí es, pero tiene la cabeza llena de tonterías.

—Como todos los jóvenes que piensan —dijo defendiéndolo como si se defendiera ella misma—. Llegará muy lejos porque tiene muchas inquietudes. Me hizo reír al recordar que cuando niño le asustaban los sapos.

—A él le asusta todo —contestó Gabriel—, parece todavía un muchacho.

No tomó en cuenta estas frases y le preguntó:

—¿Qué recuerdas de tu infancia?

—En este momento nada, pero sí cuando era un joven de unos quince años que fui a una casa. Allí había una argentina que me gustaba mucho y me enseñó a bailar tango, yo no tenía dinero y trabajaba de vendedor en una tienda y todas las noches me iba para allá.

—Y ¿cobraba por enseñarte a bailar?

Se rio de su pregunta y respondió que no, pero que allí no se podía ir sin plata.

No hubo más comentarios y el diálogo terminó. «En realidad, soy una tonta —pensó—, solo recuerdo nimiedades».

—Y ¿por qué no me enseñas a bailar tango?

—Bueno, vamos a ver. —Cantando con una buena voz, la tomó en sus brazos y bailaron hasta que ella seguía sin equivocarse en sus pasos. Había cumplido un año más de edad y uno más de aquella vida.



Capítulo 10

Y allí estaba en su sitio, como una araña en su red de sueños. Esa tarde tenía una hoja de papel llena de palabras en espera del juez para su sentencia. «¡Mis pobres palabras!» Pensaba. Era una nueva ansiedad. Se dio cuenta que seguía siendo una niña, pues lo que hace bella la vida de los niños es la ansiedad y la sorpresa. A veces el hueco de un hormiguero los pone a soñar en un mundo de misterios y les agrada saber que nunca podrán descubrirlos. En una caja cerrada adivinan una mariposa y al no encontrarla piensan que alguien le devolvió la libertad. Seguía pensando en lo grande que son las palabras, pero ¡qué pequeñas cuando tratamos de llevarlas del pensamiento a una hoja de papel!

Alberto llegó. Era un año mayor que ella, mas daba la impresión de ser mayor por su seriedad y madurez. Estaba ante el juez y no se atrevía a cumplir el trato. Fue él quien entregándole un poema reclamó lo que ella había hecho. Ambos leían y ella descubría en Alberto un mundo interior, ese rincón de los seres que pocas veces se puede descubrir. Y leía su poema:

Solo he tenido la lección del agua
con un ángel y su cartilla de nieblas.
No he escuchado más que un abecedario de hormigas
y un país de nardos y brumas en mi infancia.
Mi domicilio es la luz con su resplandor sobre la sien y
el alba.

El sueño, un camino cierto que vela aromas donde
dialogan la abeja y el aire;
el amor con sus lámparas azules
donde alumbra el verso, la savia, la mies y la vida.

«¡Qué insignificante lo mío al lado de lo de Alberto!»
Pensaba.

La ilusión era un velo tan fino
que fue pasto de las polillas,
El amor era verde y se lo comieron los burros.
La esperanza es un mañana que nunca llega.
El amor es como la vida, a veces se acaba de un golpe
y otras se extingue poco a poco.
El amor es dos en uno. Mentira: es uno solo,
el que menos quiere más goza y menos sufre.
En el matrimonio cuando se acaba el amor, quedan dos
enemigos.

—Creí que escribirías algo parecido a lo que decías ayer.
¿Por qué detienes las palabras? Te dije que había que empezar
por decir lo que se piensa, lo que se siente y lo que se vive.
Nada de estas cosas me revelan tus frases.

—Y ¿qué revelan entonces? No sirven, ¿verdad?

—No, no es que no sirva, pero no entiendo cómo una
mujer joven, que se supone enamorada diga estas cosas
llenas de pesimismo y de oscuridad, si cuando habla y ríe le
suenan campanas transparentes como el agua.

Se sintió turbada o descubierta. Él era familiar de Gabriel y no podía decirle lo contrario de lo que estaba pensando, además, era muy joven para comprender la soledad de una mujer.

—Te dije ayer que si escribía algo de mí sería muy soso, por eso lo hice pensando en muchos matrimonios que observo, aquí mismo, como si llevaran una carga porque el amor ha muerto.

—Es que la mayoría de las personas piensan que con el matrimonio se terminan las bellezas del noviazgo, mas yo creo que debe ser lo contrario, es cuando empiezan. De novios ya hemos conocido el alma de una persona, al casarnos conocemos también su cuerpo y nos proyectamos en él. No me casaría nunca si no estuviera seguro de que así es. Hay muchos hombres que ven solo lo segundo y cansan sus sentidos de tanto mirar un rostro o un cuerpo. Es como contemplar un paisaje que no cambia, que no tiene música, color, el mensaje de la hierba, el ritmo interior que llevamos.

Aquel diálogo se quedó en suspenso porque la tos del viejo, que no había venido esa tarde, era muy fuerte y hasta parecía que se quejaba. Desde el día en que recordó a sus hijos y leyó sus cartas, lo presentía distante. Como si todas las soledades lo aprisionasen.

—¡Alberto, el viejo se queja! Vamos a ver qué le ocurre.

Al abrir la puerta lo vieron sobre la cama, tendido con una mano en el costado izquierdo como si tratara de impedir el vuelo de algún pájaro. Su rostro, cruzado de arrugas, ríos que perdieron su cauce, dejaba ver la angustia de un dolor. Ella lo tomó en sus brazos como a un niño.

—¿Qué tienes, viejo? ¿Qué te duele?

—¡Mis hijos! —los llamaba. Quería traerlos con el pensamiento.

Un terror cubrió todo su ser y le dijo a Alberto que fuera a la Comisaría de Campo a llamar un médico y Pensaba que aquel caso no era de agüitas, sino que tal vez habría que llevarlo a Maracaibo y mientras llegaba Alberto le desabrochaba la camisa y la correa del pantalón. Bañó su cabeza con agua de colonia como si el aroma de aquella esencia le pudiera devolver su esperanza y su alegría. El reloj parecía detenerse. ¡Qué largas son las horas de la espera! Lo recostó en su pecho. Necesitaba oír su corazón solitario para cerrar los ojos y abrir los puños. Se quedó inmóvil. Se detuvieron sus ríos. Todos los mares que había visto lo ahogaron.

—¡Viejo, viejo! —lo llamó desesperada.

Todo era inútil. Era la primera vez que no le respondía y también la primera muerte que presenciaba. La casa antes solitaria se fue llenando de gente.

Todos lo querían y el médico dijo que no había nada más qué hacer. Ella lloró hasta dejar que el llanto le nublara el alma. ¡Era tan bueno! Miró el almendrón y lo vio indiferente. Se avisó a los hijos. Se arregló la casa que supo de su vida, de sus soledades, para velar allí su muerte. Vino Gabriel y compartió con ella la tristeza. Tal vez no Pensaba que este viejo, buen marinero, le ayudó a llevar su nave por el mar sombrío de sus vidas.

No se podía hablar de otra cosa sino de sombras. De las que azotaron al viejo, de las que azotan a esos campos. Unos hablaban de la huelga petrolera que se hizo para conseguir muchos de los bienes que hoy disfrutaban. Las hambres que pasaron. De las angustias de las madres cuando vieron partir a sus hijos en las piraguas que los llevaban a otros lugares. De los rompe-huelgas, de las amenazas. En fin, todo lo que vivieron y sufrieron para lograr lo que en justicia debían tener: aquellas casas, reducidas e incómodas, pero con los servicios más indispensables, los salarios mejores y la estabilidad en sus cargos. Pero lo que más le impresionó fueron los comentarios que se tejieron cuando murió el General Gómez y la persecución y venganza. Las horribles torturas en Lagunillas de los que no pudieron escapar a tiempo. Muchos fueron matados a golpes, entre gritos y agonías. Y el incendio en Lagunillas que destruía las humildes viviendas del lago y las planchadas que servían de puente, como brazos candentes que retorcían los pies y hacía caer a los niños sobre el agua hirviente. Todo lo decían como si aquellas horribles historias fueran solo producto de la imaginación, pero era una realidad vivida hasta por los que las contaban.

Por momentos detenía su pensamiento y sus miradas en aquel cuerpo sin vida que solo le habló de lo hermoso de un camino o de una noche de luna. Que vivió con ella las alegrías y sorpresas al pie del almendrón. Y veía grande el espíritu de aquella arquitectura humana, su reciedumbre, su andar por la tierra con el balanceo de un barco sobre el agua, repartiendo bondad como islas para navegantes ciegos. Y lo veía en el cielo pastoreando rebaños de luceros.

Inclinada sobre la dura tierra que había logrado amasar, mezclaba pensamientos oscuros con el limpio resplandor de ilusiones por la semilla nueva, la hoja seca que arrancaba, el deleite de un nuevo retoño que le hacía presentir un jardín lleno de color y aromas. Un pequeño muro fresco la protegía de miradas extrañas. Sentía intimidad al otro lado de su valla de hierba. El lugar estaba aplanado, limpio y la luz del bombillo entre el verde del árbol le hacía sentirse en un lugar hermoso y tranquilo donde pasaba gran parte de las tardes y noches. Constituía aquel pedazo de tierra el único sitio acogedor de su vivienda. Desde su palco de sombra veía pasar la gente. Caras conocidas, casi todas. A veces le parecía el patio de una prisión o de un campo de concentración, donde solo la luz del sol o de la luna forman un nuevo paisaje cada día, que a fuerza de verlo termina por cansar o desear otros nuevos paisajes que pongan una nota azul sobre las cotidianas palabras del día.

Pero esa tarde la tristeza había nublado más su espíritu y en silencio decía para ella misma, las palabras que ocultaba a los demás, al mismo Gabriel a quien veía como un carcelero. «Siempre estoy en lo mismo, detenida en esta soledad sin provecho.

Estoy fuera de todo lo que puede ser vivir verdaderamente, como si estuviera pagando una condena. Pero, ¿qué he hecho? Solo he tomado un camino equivocado.»

Se le venían de un golpe los recuerdos gratos de otros tiempos, cuando en las calles de su pueblo se quedaba contemplando el paso menudo de los campesinos con sus trajes opacos, olorosos a hierbas mojadas, a rincones donde se amontonan los frutos, las semillas, el tabaco o el miche claro. Escuchaba las palabras como suaves susurros que tenían herir el aire frío y neblinoso de sus montañas. El lento caminar de los hombres y mujeres, sin prisas por la plaza. Y detenía el pensamiento más allá de otros recuerdos, los de su infancia entre los fríos corredores de su casa de historias y leyendas que se desgranaban, como frutos, entre sonrisas, miedos y cantos. Era un contraste amargo cuando volvía a tropezar con el duro ambiente que ahora vivía entre lágrimas y furias contenidas. Estaba tan inmersa entre los ires y venires, que no reparó en la presencia de Alberto. Le dijo algo que vino a ser la nota distinta y dulce del momento.

—Cuando uno se detiene tanto en lo que no es suyo, es porque piensa que allí estará mucho tiempo.

—No sé, a veces es así, pero la sensación que se siente cuando queremos hacerla nuestra, nos hace pensar que debemos dejar aunque sea un árbol, por el paso de nuestras vidas.

—Hablas como si fueras una mujer de más edad.

—Es que me preocupa vivir como un animal o un vegetal. Hay momentos en que quisiera acabar con todo esto que no es mío y volar.

—Hoy no tienes la sonrisa de otros días ¿qué te pasa?

—Nada serio tal vez, pero tengo tanta rabia que me molesta el calor, estas rejas, esta vida. Hoy recibí una nota insultante de tu hermano porque no he atendido a su hija que está en la escuela de allí enfrente y almuerza con nosotros. No le di una contribución que le pidieron y en realidad no sabía. Ella no dijo nada. Además no es mi obligación. Mira la carta de tu hermano. Parece como si no fuera ese solo motivo. Lo que más me molesta es la frase para terminar ese grosero papel: «...*como no tienes hijos ni los tendrás nunca porque eres como una mula, no sabes lo que duelen los hijos...*» es además injusto. No sabe por qué no los tengo...

—No te preocupes, no le des importancia ni llores. Mi hermano es un bruto y un violento. Por eso no me entiendo bien con él. También conmigo se portó mal y me dijo cosas que mejor no te las digo ahora. Yo creo no estar mucho tiempo aquí. Esto no es vida, pero estamos muy jóvenes y debemos pensar que en cualquier momento, nos iremos a otra parte. Aquí solo se puede estar por corto tiempo. No quiero tener el mismo fin de todos estos esclavos. Afuera hay otros caminos...

—Tú puedes pensar así. Yo no. Ojalá que Gabriel viera las cosas de esa misma manera, pero temo porque es muy conforme y apocado, a veces pienso que estaré aquí hasta la muerte.

—No seas pesimista. De pronto la vida nos presenta cambios, o si no, los buscamos nosotros. La vida requiere cambios para no estancarnos en la rutina.

Miró a Alberto, que parecía inyectarle fuerzas y por su mente le cruzó la idea de decirle todo lo que le ocurría, hasta pensó que él hubiera podido darle una vida distinta y hasta un hijo para no seguir siendo, ante los demás, la mula del papel. Alberto trató de adivinar aquel silencio largo o tal vez sintió la misma necesidad porque se puso nervioso, sin saber qué decir. Estuvieron así un buen rato hasta que él cortó aquel momento embarazoso con un *«tengo que hacer algo urgente. Después vuelvo...»*

Ella se quedó con la tierra y ahora eran más encontrados los pensamientos, pues las frases y los ojos de Alberto no la dejaban detenerse más en las cosas... *«de pronto la vida nos presenta cambios o si no, los buscamos nosotros...»* ¡Qué fácil es decir palabras y qué difícil es realizar sueños!

«Si las ataduras humanas no fueran en realidad endeables, a despecho de la mezcolanza sentimental que amasamos en torno a ellas, no seríamos capaces de soportar la muerte de los seres queridos». Leía esto y meditaba cada palabra y a cada palabra levantaba los ojos hasta la casa de enfrente. Siempre la vio sola, cerrada, pero ahora estaba muerta.

Creía oír la voz del viejo, su tos y los deseos de llamarlo la obligaban a cerrar el libro, mas la certeza de su muerte le llenaban sus ojos de lágrimas que dejaba correr para que se le soltaran todos los nudos del sentimiento.

Alberto llegó triste. También se había acostumbrado a la alegría del viejo y lo extrañaba en aquellas tardes. «*¡Qué difícil es que los viejos acerquen su resplandor a los jóvenes!*» Decía. Si así fueran todos, ¡qué bien se nos haría! Los viejos pueden enseñar sin hablar. Pueden hacer feliz a un joven dándole la sabiduría de sus experiencias. No hablaron casi. Cuando embarga la tristeza no hay palabras y nos sentimos más cerca de los demás y deseamos hacer algo por los que sufren o nada tienen, y recordando las frases de uno de los líderes del partido, que Gabriel escuchó un domingo, pensó que se puede hacer mucho por los que tienen menos, entonces le propuso a Alberto que fueran a dar clases por las noches, a enseñar a leer y escribir a las mujeres y jóvenes del pueblo que están detrás del campo, pues el petróleo da para vivir cómodamente y con escuelas, a los que son de los campos petroleros, pero a los del otro lado de la reja les falta casi todo... es un pueblo que se hace de los residuos de acá.

—Yo no soy del partido.

—No importa. Yo tampoco soy, si te gusta te puedes hacer miembro y si no, ayudamos a esas gentes.

Cuando llegó Gabriel le pidió que los llevara a una reunión, de esas que llaman «de base» en aquel caserío, y ella le explicó lo que querían.

La miró extrañado y a la vez complacido:

—Mañana precisamente hay una y yo tengo que ir.

Como el viejo Nicomedes, tampoco se negaba a complacer sus deseos. No solo le satisfizo, sino que lo llenó de regocijo. Ayudando a los demás, lo ayudaba a él. Su posición crecería entre sus compañeros, en esa labor de lucha. Aquella noche, entre cabrias y *mechurrios*, cruzaron las oscuras calles para llegar a la humilde casa del partido. Era la mejor de aquellas improvisadas viviendas y entre duros bancos estuvieron los tres, en espera de las palabras. Abierta la sesión y leído el orden del día, preguntó a Gabriel en qué momento haría la proposición de su noble idea, la que le daba vueltas y ensayaba mentalmente: «Tiene que ser breve y clara —Pensaba— porque a estas gentes hay que hablarles como a los niños». Hay que prometer y cumplir, pues esto da seguridad y hace crecer la fe. Ella no sabía mucho de eso.

—Espera que entren en el punto «varios» —dijo Gabriel que sí sabía de estas cosas.



Capítulo 11

A la mañana siguiente pintaban la casa donde vivió el viejo Nicomedes. Hubiera querido que permaneciera guardando el gran recuerdo del amigo difícil de reemplazar. Seguía en sus pensamientos: pero una casa no debe estar sola en el campo petrolero, pues hay muchos esperando. El silencio de aquellas paredes se llenaba, ahora, de manos que retocaban la pintura y reparaban algún desperfecto. Veía entrar y salir hombres, mientras seguía escuchando la tos del viejo agarrada en sus rincones. El recuerdo del día que lo vio cerrar sus ojos. Todo daba vueltas en aquella vivienda.

Por la noche fueron Alberto y ella al compromiso con las gentes del otro pueblo. La pequeña sala del barrio tenía algunas mujeres y jóvenes. Se repartieron los grupos y cada uno daba, con emoción, lo que estaba a su alcance. Comprendieron que había muchos con inteligencia suficiente que, por falta de recursos, no sabían ni leer.

Con satisfacción por la obra emprendida, esperaron a Gabriel y con él, se extendieron en comentarios acerca de sus tareas. De vez en cuando, Gabriel preguntaba algo que al instante respondían. Tantas cosas en común entre aquellos jóvenes no pasaron inadvertidas.

—Tienen mucho entusiasmo, pero presiento que se van a cansar y un día cualquiera dejarán de asistir.

—¿Y cómo tú no te has cansado? —preguntó ella.

—Sí, tienes razón.

Al abrir la casa, la soledad estaba allí sumisa y fiel, la sintió correr por su cintura y por sus venas. El ruido del balancín le trajo a la memoria el recuerdo ingrato de aquella noche, mas también, el de la tierra que estrangula huesos y raíces antiguos, para sacar el jugo negro del que viven los hombres de ese lugar y de los que vienen de otras partes en busca de recursos y de trabajo. Hombres que también cortan sus sueños. El oro negro es el eje de la economía del país. Un día se irán estos hombres y los extranjeros también se irán con las manos llenas, con los ojos llenos. Son pueblos flotantes que cambian de habitantes constantemente. Nadie se queda. Por eso no dejan nada, ni siquiera una obra comenzada. Vivir aquí es para morir en otra parte. No queda una biblioteca, un parque, un jardín, un nombre que perdure. El pueblo también estará hasta que se acabe el petróleo. Entonces se cerrarán los caminos, las escuelas. Se tumbarán las cercas y volverá a ser como al principio: rancherías, miserias, olvido.

—No es bueno que estés tanto tiempo con Alberto. Tú sabes cómo es la gente de estos campos.

—Pero, si tú no piensas mal ¿qué te importan los demás?

En ese momento, le cruzó el recuerdo de la mujer que meses antes se había ido entre los comentarios de los vecinos ¿dónde estará? ¿Qué habrá sido de su vida? A veces, veía al hombre que fue su marido rumiando su abandono y su soledad.

Seguía indiferente ante los demás. Nos volvemos egoístas hasta con nosotros mismos para no perder la costumbre y no hay nada, alguien, que nos haga recobrar ese deseo de darnos, de dar algo. Nos hemos quedado con la alegría dentro, con lo que nos sobra. Y nos sentimos felices de tener lo que otros no tienen, o de esperar la humillación de quien nos niega lo que pedimos, y recorreremos caminos, rostros, manos, para terminar cansados, vencidos, con las manos vacías y el corazón en una jaula. Y allí se queda para negar a otros lo que nos negaron. Somos hermanos, dice el cura del pueblo, dice el político desde un palco de luces; el rico, el pobre, hermanos que no sabemos compartir nada. Que cada uno vive encerrado en sus altares, en sus poderes, en sus riquezas, en sus pobreza. Vivimos ocultando una estrella para que no alumbre a los demás.

Una nueva frase de Gabriel borró aquellos pensamientos:

—Sí, pero es mejor evitar las murmuraciones.

Una lenta lluvia refrescó la hora y el ambiente. «Detrás de las ventanas se esconden nuestras lluvias», Pensaba, y miraba cómo se desgarraban las nubes entre cabrias y *mechurrios* que seguían ardiendo, y las que llevaba dentro, entre incomprendiones e injusticias. Somos hechos de lluvias detenidas. ¿A qué mares profundos irán estas aguas? ¿Qué naufragos sabrían de sus secretos? El viejo Nicomedes ya no estaba, y él era quien podía responderle. Las veredas eran como ríos oscuros donde la noche rompía sus hímenes.

Otra frase de su marido trató de cambiar el rumbo de sus sombríos pensamientos:

—Mañana iremos a una fiesta en el club. Hay mucho entusiasmo.

Nada dijo, y esperó que la noche cerrara sus ojos. «¿Existe la felicidad? La felicidad no existe —se decía— creo que es un estado de ánimo, o una necesidad, como tener hambre, sed, ganas de llorar o reír».

Alberto también estaba en el club y cuando ella bailaba con Gabriel, se quedaba solo y extraño.

—¿Por qué no bailas con aquellas muchachas? —le preguntó Gabriel.

—No sé bailar —respondió.

—Dile a Gabriel que te enseñe. Él baila muy bien. —dijo ella.

Todos miraron hacia un grupo donde un hombre que no habían visto antes, los observaba

—¿Quién será aquel hombre? —preguntó ella—. No me gustan las personas que nada dicen cuando se miran.

—Ni los que se creen mejores que los demás —dijo Alberto—. A esas personas provoca hacerles tres preguntas, nada más que tres: ¿Quién es? ¿Qué hace? Y ¿qué se cree?

Aquello le hizo gracia y lo comentó con Gabriel quien no veía el chiste. En ese instante, pasó frente a ellos una señora y le dijo a Alberto: «*A esa señora también dan ganas de hacerle las tres preguntas, ¿verdad?*»

De pronto, el nuevo y extraño señor, estaba en el grupo y alguien lo presentó. Tenía cierta finura al hablar y un afán de hacerse simpático:

—Yo vivo en la casa que está frente a la de ustedes —le dijo a Gabriel—. Tengo apenas unos días.

—En esa casa vivió un viejo muy bueno a quien quisimos mucho —dijo ella con tristeza.

—Yo la he visto a usted cuando sale con el joven ¿es su hermano?

—No —dijo Gabriel rápidamente—. Ellos van a dar clases en una escuelita nocturna de ese barrio que está cerca del campo.

Ya en la casa, Gabriel volvió a hablar de Alberto y de la necesidad de evitar posibles comentarios:

—¿Te diste cuenta en la forma cómo preguntó el nuevo vecino si era tu hermano?

¡Cómo duelen las palabras cuando se desgranán, cuando se miden con pausas y cuchillos en el aire las interrogantes!

Vuelve el viento a azotarla y mira el almendrón, al pájaro que deja su excremento en las hojas, al insecto que busca su alimento. La hija del cangrejo que esconde sus palabras bajo la vida vegetal. «No resisto el peso de las sombras. ¡Qué pequeña me vuelve un viento leve! Yo, que he sabido detener los techos derrumbados, me aplasta el sol, me quema su calor. Y no hay descanso. Junto a mi cabeza está un Cristo que levanta mariposas amarillas. Presiento la piedra y la serpiente». Su cabeza le daba vueltas y más vueltas. Nada decía y se sentía en un nido de arañas, sin encontrar la forma de renunciar al único amigo de sus tardes.

Cuando fueron donde su cuñada, allí estaba Alberto que al verlos se acercó a saludarlos mientras Gabriel se alejaba un poco.

—Está tu marido más sombrío ¿qué le pasa?

Que no ve con buenos ojos nuestra amistad. Dice que no debemos estar tanto tiempo juntos. Que no es por él, ni por ti, ni por mí, sino por las gentes del campo que siembran comentarios mal intencionados, y los riegan como la mala semilla.

—Y ¿tú qué dices?

—Yo hace tiempo que no digo nada. Soy un parásito y como los parásitos, vivo. Con paciencia espero que pase el tiempo de sombra.

Nadie supo lo que le dijo Alberto y no lo comentó con su marido, pero desde aquel momento, sus pensamientos, sus palabras, se convirtieron en reproches. Estaba condenada a esa vida sin sentencia.



Capítulo 12

En la puerta del campo encontraron al nuevo vecino. Preguntó a Gabriel si tenía una máquina de escribir para que se la prestara. Dijo que todos los sábados iba a Maracaibo porque tenía un programa de radio los domingos.

—¿A qué hora? —preguntó ella con cierto interés.

—A las once de la mañana. Me gustaría que lo escuchara y me diera su opinión.

En la casa recibió la máquina, y a la mañana siguiente salió Gabriel, como siempre, a su oficina y ella se quedó un rato más en la cama. De pronto sintió que alguien tocaba la puerta con suavidad.

—¿Quién es?

—Soy yo que le traigo la máquina.

—Muy bien, déjela ahí que más tarde la recojo.

Al abrir la puerta, el hombre miró hacia adentro y entró un poco. De pie frente a ella, dijo:

—Gracias. Me fue muy útil. No puedo más... te veo constantemente... y tan sola.

—¿Usted está loco? Si se acerca, grito.

Trataba de defenderse y el hombre seguía en su intento de acercarse con una fuerza casi animal que lo impulsaba.

—No se me acerque. No me importa hacer un escándalo. ¡Gritaré!

El vecino bajó la cabeza y se miró las manos que le temblaban como si fuera a cometer un crimen.

—Váyase, rápido. Su presencia me perjudica.

Tenía miedo de él y de ella misma en aquellos instantes. Por fin lo vio retroceder. El almendrón se estremeció cuando su fuerte puño golpeó su tronco. Había descargado en él sus impulsos y desde su cuarto miró ella el movimiento de sus ramas. Su luz verde le devolvió la calma. Todo había pasado, mas tenía la cabeza y el pecho lleno de pesadumbres. No podía perdonar a quien meditó bien su acción y vigiló los pasos de Gabriel y los de ella. A quien había preparado todo con la seguridad de que ella podría ser una presa fácil. Sintió más repugnancia por aquel intruso que había llegado a vivir, donde antes estuvo quien guardara sus oscuras horas. Le cruzaron por el pensamiento todos los malos ratos en que la noche hería su sangre. Entonces se puso de pie y frente al espejo vio limpio su rostro.

¿Acaso pensó el hombre en darle compañía por unos minutos y después destruir lo que con tanto esfuerzo había

logrado? Pero ¿no hubiera servido aquel instante para comprender si en verdad era ella la culpable de toda su desdicha? ¿Si con otros hombres no le ocurriría lo mismo que con su marido? Siempre está la mujer sometida a una serie de dudas, preguntas y temores. Todo el cerebro le molestaba como le molestaba la forma animal de aquel hombre que quiso violar su hora de soledad. Y pensó en el viejo Nicomedes, que jamás hirió la delicada piel de su espíritu. Y pensó en Alberto. ¡Qué distinto Alberto! Miró sus pupilas limpias. Afuera el viento arrastraba hojas y papeles. El colmillo del alba había dejado una espina en su sien. Miró el calendario. Daba lo mismo vivir en un mes que otro.

Todos eran iguales. El campo con sus mismas vestiduras. La hierba ultrajada por desconocidos. Cuando se lavaba volvió a pensar en el viejo, y el agua le hizo comprender que solo ella se salva de la muerte. Que nadie puede violar su corazón. Por la ventana contempló la fuga de un caballo que había logrado pasar las barreras del campo y un hombre corría tras él. Le parecía que era su espíritu desbocado que a veces pasa con mansedumbre.

Gabriel regresó más temprano y estaba pendiente de las noticias de Caracas. Un cambio político se acercaba y su partido estaba empeñado en esa idea. Por la radio se escuchaban las protestas. Eran las mismas palabras que escuchaba a los líderes. El gobernante estaba sordo a las continuas frases que reclamaban una nueva estructura. Recordó lo que había leído en el libro que le prestó Alberto: *«Había pasado tanto tiempo en la intimidad del poder, que por fuerza tenía que mostrar sus cicatrices, una de las cuales*

era la vanidad de creer, con toda sinceridad, que un cambio en la conducción sería nocivo para el país».

A todos los rincones llegó la voz estremecida de los nuevos hombres. La tranquilidad de los campos petroleros también se estremecía. Caracas es el corazón del país y los extranjeros se movían asustados, aunque pensarán que ellos estarían siempre igual. Los obreros eran los más ansiosos, cansados no de su trabajo, sino de su esclavitud, tenían la esperanza de un cambio. Gabriel estaba nervioso, en cierto modo feliz. Por momentos ella participaba de ese entusiasmo, mas volvía de nuevo a su tristeza, pues un país podía cambiar, menos ella, que se quedaba a la orilla de la sombra sin ninguna esperanza. Pero no fue así. Después de serenados los ánimos políticos y tomadas las riendas del poder por los compañeros de su marido, se pensó en el viaje a Caracas. Él también quería salir de aquel campo, donde día a día dejaba sus menguadas fuerzas y donde los cambios no se sentirían, porque los barriles seguirían llenando barcos, arcas ajenas y los taladros seguirían sin parar sacando más petróleo; y los hombres con el mismo afán, en busca de mejores puestos, hasta que un día fueran tirados como bagazos porque ya no pueden dar más, con una jubilación en busca de otros lugares.

—Y tú vivirás mejor y podrás estudiar, como lo deseas —le dijo Gabriel, queriendo espantarle sus sombríos pensamientos.

—Y podré verme con un médico —dijo, acariciando la idea de un pronto viaje.

Ella había cumplido las horas muertas y algo de ilusión había en su rostro y en sus continuas idas y venidas. La ilusión del viaje le lavaba la visión del momento. De la casa salían los muebles que vendía y los vecinos se acercaban para estar al tanto de todo. Las mujeres con envidia o rencor. A las más cercanas regaló algunas cosas, las que más le gustaban. Vino también la que la acompañó la noche de la tormenta y recordaron entre risas, sus miedos. Pero en las otras tempestades no estuvo nadie. Ella se había agarrado de unas fuerzas que estaba segura ninguna de aquellas mujeres tenía. Vino la obsesionada por el sexo con los tres hijos habidos en ese tiempo y su vientre con la promesa de uno más. Parecía más serena. A ella regaló el libro que compró al adventista.

—¿No crees que lo puedas necesitar? —le dijo con maliciosa sonrisa.

—Por ahora no creo. Me acostumbré a estar sin niños que ya no los deseo.

—Así pasa —volvió a decir la mujer—, yo en cambio no podría vivir sin ellos.

Se detuvo en el almendrón que vivió junto a su sombra. Allí quedaban sus sueños, sus esperanzas. Extendió su mirada al balancín, siempre en movimiento. Miró la casa del frente donde vivió Nicomedes, y un filo de cuchillo recorrió sus venas al recordar el nuevo vecino, que le hizo descubrir la araña que tenía oculta. Sí, en verdad explicó su conducta, se criticó su actitud, se consideró un salvaje y pidió perdón,

mas ella lo seguía viendo con la indiferencia con que se mira lo que nunca ha producido ningún sentimiento. Fue apenas un latigazo que cruzó por sus sienas.

Detrás de ellos se quedó el campo, Alberto, las torres, el oro negro, los *mechurrios* que vomitan los gases de la tierra y se cerró la imagen del otro pueblo oscuro, hecho de sobras, donde dejó oír su voz de aliento y donde puso un grano más al montón de arena que su marido había almacenado.

Ya en Caracas, hombre y mujer caminan con los ruidos de la ciudad sobre la espalda. Las calles cruzan el rostro. Las torres de cemento, distintas a las torres petroleras, alzan sus banderas, mas vuelve la tristeza y la ciudad es una copa de vientos y de olvidos. Descubre más gente, pero la soledad es más honda. Gabriel no tiene tiempo sino para dormir pocas horas. Hay mucho qué hacer y se mueve de aquí y de allá y va a otros pueblos. Un cambio en el gobierno trae otros cambios y los amigos, compañeros que iban al pueblo petrolero, ocupan ahora, cargos importantes.

Asentado el río revuelto, ella quiere hacer algo, quiere estudiar, pero antes va donde el médico y allí en una clínica espera su turno. Cuando el médico, joven, la mira de pie a cabeza, trata de encontrarle señales de algún mal físico.

—Y usted ¿qué tiene? —preguntó con desgano.

—Nada, dijo ella. Es que llevo cuatro años casada y no tengo hijos.

—¿Edad?

—Veintitrés años.

—¿Se ha visto antes con algún otro médico?

—No.

—¿Por qué?

—Porque vivía en un campo petrolero y esperé para hacerlo aquí en Caracas.

—¿Qué edad tiene su marido?

—Treinta y siete.

—¿Se ha hecho él algún examen?

—Creo que no.

—¿Sus funciones marchan bien?

—Sí.

—Bueno, desvístase y acuéstese allí —le señaló una camilla.

Las preguntas eran después sobre su marido y ella respondía a todas.

—Es necesario que él también se vea con un médico. Usted puede tener muchos hijos. Habría que averiguar dónde está el motivo.

—¿Las relaciones entre ustedes son normales?

—No sé doctor, él dice que conmigo le ocurre algo que no sabe explicar. Él sufre y yo también.

—Ocurre —dijo el médico—, que muchas veces los hombres contraen enfermedades que a la larga los debilita y los imposibilita para el logro completo de sus funciones.

Recordó lo que había leído: *«en forma inconsciente, había expresado el hecho de que la pérdida normal de la vitalidad masculina es tan gradual que, sin beneficio de una ayuda artificial, el hombre de edad mediana es incapaz de repetir la total y efervescente marea de vigor, de un retoño».*

—Él me ha dicho que soy yo la que no puede tener hijos y la que tiene dificultades.

—Mal hecho, usted no tiene problemas. Debe ser él. No debería ser egoísta y tratar de someterse a un tratamiento.
—Cerró la consulta con esas últimas palabras.

Se fue ella con la seguridad de no ser la causante de tanto sufrimiento. Ya lo presentía hacía tiempo, pero, ¿para qué insistir sobre esto con su marido? Él está tan ocupado que no tendrá tiempo de ir donde el médico.

Además, ya tenía otros sentimientos hacia él que antes no experimentaba: rabia, lástima y rencor. «Mejor será dejar esto así» se dijo, y al abrir el libro que llevaba leyó algo que la hizo meditar: *«porque no se puede separar el cuerpo del alma, ni las diferentes partes del cuerpo en fragmentos aislados. Creo que es perfecta una mujer en tanto es mujer»*.

Había vuelto a la rutina, mas no a la felicidad. ¿En qué consiste la felicidad? A veces Pensaba en vivir sin desear más de lo que se tiene, pero también debe sentirse infeliz una persona que nada desea. Había vivido engañada durante varios años y ahora que conocía la verdad de sus frustraciones, las que no dependían de ella, ¿por qué seguía sosteniendo una mentira? Si ese matrimonio no tenía sino un largo cansancio, ¿por qué se empeñaba en sostenerlo? Todo era muy fácil, mas a veces, cuando queremos tomar una determinación, aun para mejorar nuestra vida, sentimos como si estuviéramos agarrados a una invisible sombra que no nos deja. Ya no le quedaba compasión ni agradecimiento, sino una gran indiferencia y ningún otro sentimiento que lo justificara. Entonces, ¿qué la retenía al lado de aquel hombre?



Capítulo 13

Comenzó sus interrumpidos estudios y una leve luz se ponía en sus ojos. «Tal vez cuando termine pueda mirar más claro» Pensaba, y una ilusión le llenaba el día, la noche y poco a poco vivía como si no existiera sino ella sola. El grupo de compañeros le hacía olvidar las torturas a que estaba sometida. Pasaba en la casa solo el tiempo que nada tenía interesante. Detrás de las paredes de su vivienda sentía un nudo que la aprisionaba. Afuera, el aire le daba otros caminos por donde podía andar sin tropiezos. Cuando nos encasillamos en una posición difícilmente podemos tener fuerzas para luchar, pero ahora se sentía con nuevos impulsos y un horizonte que se le despejaba.

El tiempo pasaba en las anchas salas del liceo compartiendo los instantes con otros seres que también veían ,como ella, los estudios con el mismo sentido de evasión y se hablaba de libros, de tareas, de proyectos. Ninguno de los compañeros se interesaba por saber de sus vidas más allá de lo que ellos mismos dejaban ver. No había preguntas indiscretas. No había tiempo para detenerse en los tránsitos fuera de aquel sitio. Todo eran un gran afán y ¡qué grande es la amistad a través de un mismo sueño o ideal!

Entre sus compañeros estaba un joven, distinto a los demás en sus modales, un tanto fino, muy afectado. En su mirada se escondía una serie de reacciones extrañas y todos se daban cuenta de eso. Tenía gran facilidad por las matemáticas y como ella la tenía para el castellano, hicieron una buena combinación para estudiar juntos.

Ya cerca de los exámenes él iba a su casa y un sábado en la tarde se hallaban entre problemas y frases cuando llegó Gabriel, quien no miró con buenos ojos al compañero de su mujer. Ella nada dijo y siguieron sin importarle lo que pudiera pensar su marido.

—No me gusta ese joven que parece más bien una niña
—dijo cuando este se hubo marchado.

—Es mi compañero de estudios y en nada te perjudica
—le respondió.

Era la primera vez que le hablaba en ese tono y él la miró con extrañeza. Ella empezaba a sentir cierta libertad en sus actos y en sus palabras.

—Pero no me gusta verlo en mi casa.

—Es también la mía. Tengo igual derecho que tú de traer a quien quiera.

Aquellas palabras le llenaron de estupor y se quedó en silencio. Le parecía raro que hablara en esa forma quien siempre se había mostrado sumisa a sus continuas muestras de protección. Era difícil para él aceptar ese proceder, pero ella estaba segura de sus actos y consideraba que no había ningún motivo para preocuparse.

—Parece que te están cambiando. Antes no contestabas así.

—Es que ahora comprendo mejor las cosas y estoy dispuesta a no dejar que se me indiquen más normas, como a una niña —respondió.

—Está bien, no sigas. Puedes continuar estudiando con tu amiguito que te duele tanto.

La última palabra quedó sin responder. Ya había dicho bastante, lo suficiente como para hacer ver su manera de pensar en voz alta. Siempre lo había hecho para sí misma. Ahora las palabras le brotaban con fuerza. Era necesario dejarlas salir para que no se le ahogaran en el pecho y para ir despejando el ovillo de confusiones que se había tejido en esos últimos años. Gabriel comprendió que se estaba poniendo una barrera más fuerte entre ellos desde el día que regresó de donde el médico y que nada dijo esa tarde.

—No me he sentido muy bien estos días. He trabajado mucho y me siento muy cansado. Ahora que tengo más tiempo libre voy a someterme a un tratamiento.

Nada respondió ella. No alentó, como otras veces, sus propósitos. Ya nada le importaba de él, pero lo seguía viendo como se miran los seres que viven en un mismo techo. Era lo único común entre ellos. ¡Ah! Y el partido, y sus compañeros que, pasados los entusiasmos de los días en que hubo cambio, los veía menos.

En Caracas no había ido a ninguna reunión y no sabía de qué hablaban, ahora que tenían las posibilidades de cumplir lo que tanto prometían en los campos petroleros.

—¿Cómo marchan las cosas de tus compañeros?
—preguntó para disipar cualquier nubarrón.

—Bueno, ahora se nos ha presentado una serie de problemas. Alcanzar un triunfo no es todo. Hay que luchar para mantenerlo. Han surgido muchos enemigos y ambiciosos. La situación no está muy clara y buena. Ahora es cuando más se necesita de la unión. También entre los mismos compañeros han surgido roces.

Con frecuencia pensamos que debemos estar preparados para los días de invierno, así como para los días de sol. Nada es eterno y debemos aprovechar al máximo el sol mientras alumbra.

Desde la conversación con Gabriel, que dejó ver su preocupación por la suerte de su partido, una nueva angustia se apoderaba de él. Olvidó el médico y un poco más a su mujer. Lo notaba más preocupado cada vez. El partido sufría una serie de percances que poco a poco, lo llevaban al derrumbe. Se cruzaban los compañeros. La casa se volvía a llenar de gente. Se imponían tareas, pero nada evitó el desastre. Se corría de un lado para el otro. Se repartían, por las noches, los difíciles trabajos de recuperar lo que se había perdido, mas todo era inútil. Las maniobras de los enemigos eran más fuertes y todos se debatían entre momentos turbios. Y vino la persecución, la cárcel, el exilio, la muerte.

Ante cada nuevo golpe, Gabriel perdía el ánimo como si lo sostuviera solamente la suerte de los suyos. Se sentía solo. Eran dos soledades que vivían en la misma casa, en espera de un cambio que dependía más del azar que de ellos mismos... ¡Qué impotentes nos volvemos!

La noticia de algún compañero preso o que huía para luchar en las sombras, ponía más taciturno a Gabriel, quien por momentos se volvía violento e impulsivo. La idea de la cárcel se hacía más cercana, hasta que una noche avisaron que estaba preso e incomunicado. Ella fue hasta la puerta de la prisión donde estaban tantos hombres por el solo delito de defender sus ideas. Un muro frío y un hombre, también frío, cortó sus pasos.

Se fue sin dolor alguno, solamente iba con sus pensamientos y sus reflexiones: allí debía estar él, al lado de los que lucharon para conseguir lo que se dejaron arrebatar.

La casa era más grande para ella sola. La presencia de Gabriel le había acostumbrado algunos sentidos. Extrañaba sus cortos diálogos. Podía tener más libertad, mas ella era también una prisionera. Un pájaro con las alas cortadas, entonces se dio cuenta que tendría que hacer muchas cosas, las que él hacía, y una nueva etapa comenzó a enseñarle a valerse por sus propios medios. Estaba recobrando un poco su libertad, esa que solo se consigue a fuerza de irse despojando de ataduras y hacer las cosas sin tanta ayuda de los demás. La casa se llenaba por las noches de amistades y familiares que venían en busca de noticias. Casi todos los que allí llegaban también sufrían en alguna forma u otra las consecuencias del desastre político.

No había hogar conocido que no llorara por la prisión, la persecución o la muerte de algún compañero.

El joven que la acompañaba en sus estudios seguía viniendo y nada preguntaba. Él estaba ajeno a todas esas inquietudes. Ni siquiera temía visitar la casa de un detenido político como muchos otros, que cuidaban su libertad con amarras, esa que se experimenta cuando un gobierno frena todos los impulsos, corta la palabra y castiga cualquier protesta.

Ella vivió unos meses de exaltación debido a los constantes rumores, a la pérdida de muchos amigos, y las repetidas visitas nocturnas de los encargados de la policía. Entonces, para descansar unos días, decidió irse para una casa amiga y dejó cerrada la suya. Solo volvía a buscar algo y lo hacía con rapidez. Uno de los amigos de Gabriel le pidió la llave para pasar unos días en la casa y ella no pudo negarse. En estos casos, es muy difícil no prestar alguna ayuda a quien le unen lazos de compañerismo por los mismos ideales y no se teme si se ha de correr igual suerte que ellos. Cuando fue a su casa, a su casa solitaria, en busca de un libro, al tratar de abrir la puerta, una fuerza se lo impedía. Insistió hasta que una abertura permitió ver quién era. La resistencia se aflojó y se encontró ante un hombre joven, de ojos azules, que sostenía una pistola en su mano en actitud de defensa.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó. No lo había visto antes y no fue él quien le pidió la llave.

—Soy Andrés Duarte y me trajo González.

Cerró la puerta y le preguntó si había comido algo.

—Sí —le respondió—, pero le agradezco que se vaya. Me buscan para matarme y si la encuentran aquí puede perjudicarse.

Ella no temía y no quiso irse sin llevar lo que fue a buscar.

—¿Usted tiene varios días aquí? —le preguntó al observar botellas vacías y la cama en completo desorden.

—Sí, ocho días, pero hoy me llevan a otra parte.

Miró sus ojos llenos de interrogantes y le averiguó quién era de verdad. Al escuchar su nombre y al saber el de ella hablaron de sus familiares. Sus padres fueron vecinos y se cruzaban por las mismas calles y paisajes. La presencia de la mujer lo puso nervioso. En esos momentos su existencia pendía de un hilo. Al marcharse ella, él le regaló el libro que leía y junto con él se llevó la imagen de aquel hombre y sus palabras eran espinas que le rozaban la piel del sentimiento. Era uno más que perseguían para matarlo.



Capítulo 14

Libre de las tensiones de las clases, trabajaba en ordenar su hogar. Una casa sola vive tormentos como las personas y la soledad hiere las paredes, empaña los espejos y se llenan de polvo los rincones. Estuvo varios meses resistiendo las sombras y el paso clandestino de los hombres que escondían sus vidas y palabras. Se temía hasta del aire. Ya no se sabía bien quién podría ser el amigo o el enemigo. De vez en cuando llegaban las noticias de las cárceles. Algunos esperaban la libertad condicionada o el exilio. Entre esos estaba su marido, a quien ya no extrañaba, pero que la esperanza de verlo libre le hacía pensar en su cansada humanidad. Él sufría la derrota de cada uno de los suyos y la propia derrota del hombre que ha perdido todo. En cambio, ella adquiría nuevas fuerzas y si un hilo reventaba de un lado, ya tenía otro listo para reemplazarlo. Y se contentaba de que fuera así, lo peor que puede experimentar una persona es ver destruido el único hilo que la sostiene. Así debía sentirse Gabriel, completamente derrotado entre los muros de una cárcel. ¿Qué extrañaría? ¿Tal vez la presencia de la mujer? Estaría, tal vez, aliviado, pues debía resultarle una carga grande.

Alejandrina, la mujer nueva que vino en esos días para los oficios de la casa, le hacía sentir desconfianza por sus constantes preguntas:

—¿Dónde está su marido, señora?

—Está de viaje

—¿Cuándo viene?

—Dentro de unos meses.

Ella no sabía cuántos, podrían ser años, pero respondía así por decir algo. Nadie conocía el destino de ninguno de aquellos hombres. Ese dependía de unas manos oscuras, las del gobierno.

Ese mediodía, uno de los compañeros más comprometidos vino a visitarla. Los grandes lentes negros ocultaban sus ojos. Sobre la sien derecha una gasa, una seña particular y un sombrero que no se quitó ni siquiera dentro de la casa. Tenía un aspecto misterioso que no pasó inadvertido a las miradas escrutadoras de Alejandrina, que ignoraba las actividades de Gabriel y la ayuda que su mujer le prestaba. El tiempo tomaba cada vez más importancia y se dejaba pasar el presente con cierta seguridad en el futuro, que por momentos la llenaba de ideas y una frescura resbalaba por sus sentimientos al presentir que, solo estaba luchando con una serie de cosas que tenía señaladas como si una mano las hubiese tendido entre lo que imaginó y lo que debía vivir. Se iba acercando más a la resignación que a veces se parecía un poco a la felicidad.

De tanto pensar y madurar los hechos, hurgaba con gran facilidad en el interior de las personas y descubría en ellas cualquier extraño vuelo. Esto le ocurría con Alejandrina a la que veía, en ocasiones, como si se tratara de una espía.

Por eso se esforzaba en ocultar cualquier conversación o actitud de sus visitantes. La mujer era una de esas personas que obran de acuerdo a sus impulsos y muchas veces llegó a pensar que, aquellos hombres extraños tenían un solo misterio: el de aprovechar las ausencias del marido para llegarse hasta ella. Y cuando el visitante de ese día se acercó un poco para decirle algo, notó que Alejandrina trataba de indagar con cierta curiosidad, entonces le hizo señas a su amigo con el dedo para que se callara y reparara en la mujer que al darse cuenta se alejó con rabia.

—Señora, me duele que desconfíe de mí. Usted puede hacer lo que quiera que yo soy una tumba. De mis labios no saldrá ni una palabra. Yo comprendo que usted es una mujer joven, sola, que necesita de su marido, y si él no está... no se preocupe que yo no diré nada.

La miró de arriba abajo sin poder dar ninguna respuesta y pensó que en estos casos, mejor es no dar explicaciones y dejar que los pensamientos ajenos se extiendan hasta que ellos se esfumen. Pero desde aquel día estaba pendiente de cualquier detalle que no le agradara para salir de la mujer. Y se presentó cuando llegó la mamá de Gabriel.

Ahora oía a cada rato hablar de Gabriel. La madre se extendía en su recuerdo y lo hacía aparecer como un mártir, pero no dejaba de extrañarse por el silencio de la esposa que no demostraba tristeza por el marido preso. En más de una ocasión se lo dejaba ver.

La madre no podía comprender que entre Gabriel y su mujer, no había otra cosa que la costumbre de estar juntos, que ahora se iba haciendo costumbre no estarlo.

Permanecía callada ante las palabras de la madre, que eran ciertas y que no podía discutir. Entre el amor de la madre hacia Gabriel y el de ella, había una gran diferencia y esa diferencia no podía entenderla la madre. A su mujer, la imagen de Gabriel se le borraba y le venían otras imágenes; las que había conocido, las que veía, las que tal vez intuía. Su pensamiento era una oruga que todavía no había despertado de su largo sueño y con una tranquilidad aparente, dejaba ver como si todas las sensaciones se le hubieran muerto. El cuerpo de Gabriel estaba prisionero entre unas rejas, el de ella, más prisionero aún, pues gozando de libertad, permanecía encerrada en una prisión más dura que no le permitía hablar a la madre de la verdad de su matrimonio o mentirle que deseaba su regreso.

Extrañaba a la madre de Gabriel estos sentimientos. Algunas veces le parecía que la mujer no deseaba la compañía de su marido. Sin embargo, no era obstáculo para que entre las dos existiera una buena relación. Había, sí, reparos en la madre de Gabriel por su proceder frío e indiferente hacia su hijo que ocupaba toda su atención. Sin embargo, ambas estuvieron alegres al regreso de Gabriel a quien llenaban de preguntas y cuidados.

Se sentía contento de su libertad, pero en su rostro se dejaba ver una marcada pesadumbre. La tristeza se acentuaba con la suerte de sus compañeros y cada noticia lo encerraba en una frustración sin remedio.

Casi todo el objetivo de su vida estaba roto y no le quedaba sino la ruina de su cuerpo y de su espíritu. Como si haber recobrado la libertad significara más bien un peso, se limitó a llevar una carga que día a día minaba su humanidad y aumentaban las fatigas y los achaques.

Ella continuó durmiendo con la madre de Gabriel y ambas estaban pendientes de cualquier movimiento o ruido extraño que viniera del cuarto de Gabriel. Todos los días su suegra la criticaba por el hecho de no dormir con él, pero evadía sus preguntas y cortaba las frases con cualquier motivo que surgiera en el instante. Había comprendido que la soledad de la noche era menos cuando no percibía el roce de otro cuerpo, o cuando se podía viajar por los sueños sin más compañía que la de ella misma.

Caminaba por las calles como si no tuviera un sitio en dónde sosegar los pasos.

Miraba la ciudad tal si fuera una gigantesca prisión donde el mismo aire le era insuficiente. Todavía el sol estaba alto en el cielo y advertía en algunas viviendas una gran oscuridad. En las plazas los hombres paseaban su no hacer nada y las iglesias dejaban ver su humo y sus altas torres. Caminaba como queriendo llenar el día con sus pasos sin rumbo. Se detenía en alguna puerta, pero más era para mirar hacia dentro de ella misma. En cada persona quería adivinar hasta el pensamiento. Esos eran sus juegos o pasatiempos y le era grato imaginar un mundo en cada persona que veía, pero de pronto desviaba sus miradas cuando la sorprendían en esa inquietante búsqueda.

A veces las conversaciones la ponían al tanto del ritmo de la ciudad, de sus problemas. Por eso se quedó mirando los que cruzaban por la calle, sin mirar el reloj, como si el tiempo no le importara y se agarraba a cada frase que se iba soltando como desprendidas de no sé qué árbol interior que las hacía vomitar.

—¡No juegue, si el carajo ese me sigue jodiendo lo voy a joder yo...!

Eran dos hombres y los seguía como un espía, con sus ojos, pero otra frase le hizo volver la cara:

—Ese pendejo lo que hace es echarme basura encima.

La impaciencia de una mujer con un niño de la mano que se pararon cerca, le hizo observarlos.

—El muérgano de tu padre nos ha dejado como idiotas esperándolo.

—Mamá, ¿qué es muérgano?

—Eso, lo que es tu padre.

No hay prisa. Estaba acomodando su nueva vida entre los escombros de una ciudad. No conocía los que pasaban, pero en todos había la misma inseguridad y desagrado. Contemplaba las vitrinas sin interés.

Solo dejaba ir el tiempo para volver a su casa, quería emborracharse de ruidos, de rostros, de espacios. Los de ella eran tan vistos y vacíos, que ya no descubría en ellos nada que le hiciera hilvanar nuevos pensamientos. Veía mucha gente rumiando hambre y soledad. Entonces el panorama de esta ciudad se le presentaba difícil de comprender. Tanta miseria caminando por las calles, al lado de tanta riqueza y sin poder hacer nada para igualar su faz de siglos. Pero al mismo tiempo, Pensaba en los que antes vio luchando por lo mismo, sin conseguirlo y seguían caminando hacia ninguna parte, y seguía pensando que no se puede transformar el ritmo de las cosas, cuando una ciudad está acostumbrada a tantos vicios, que ya hasta la mirada opaca de un niño con hambre, es una cosa corriente como el paso de una mujer que lleva soledad en sus espaldas entre ruidos de bocinas, frases, máquinas y gritos callejeros. Muchos hombres, acostumbrados a desnudar mujeres con sus miradas, le medían su cuerpo y su rostro y ella sentía el filo de esos ojos como agudos cuchillos.

Las horas transcurrían y no se había señalado una hora para el regreso. No tenía prisa. Ella solo vagaba y luchaba con ese terrible personaje que es nuestro y a quien no engañamos ni tampoco podemos ignorar. Se pueden olvidar los rostros, todos los sitios, pero ese que llevamos dentro nos persigue como un tirano. El pensamiento seguía en torno a todo lo que había escuchado y una sensación de angustia y de tristeza le cruzaba los instantes. Esa era la vida. Todos hablan de una manera amarga e ingrata. Nadie dice algo alegre. Quizá sería ese día, Pensaba. Tal vez otro será distinto. Las voces del pueblo dicen mucho.

Se llevó todas esas frases. Llegó a la casa en el mismo momento en que lo hacía la madre de Gabriel. Los dos la miraban y reparaban en sus manos vacías. ¿A qué había salido? ¿Qué había comprado? ¿Qué había hecho todo ese tiempo? Ella no dijo nada, no dio ninguna explicación. Estaba ebria de ciudad, de ruidos, de pasos. Se dio cuenta de que no había traído nada a la casa, ni unos dulces, una revista, nada. «A veces nos volvemos egoístas» Pensaba, al ver las cosas que trajo su suegra y sintió remordimiento por no haber hecho lo mismo.

Los ojos cansados y tristes de Gabriel le hicieron reflexionar un poco en lo que llevaban viviendo juntos y en lo que podía faltar por vivir. Se sumió de nuevo en esos pensamientos que siempre le asaltaban: no dejar huellas de los pasos por la vida, ni un hijo que pudiera repetir su nombre para mantenerlo en el recuerdo. Ese temor de no querer morir nunca, de estar siempre vivo durante mucho tiempo. Y volvió a pensar en lo que arrastró al realizar aquel matrimonio absurdo, el recuerdo de los campos petroleros y de las continuas luchas consigo misma.

Su piel se contraía al evocar los intentos fracasados, los reproches, los años que mantuvo la creencia de ser ella la imposibilitada para el logro de una felicidad que consideraba podrían ser los hijos y de nuevo volvió el rencor. Miró a Gabriel. Se le desnudaba el pensamiento porque la madre no pudo callar más y dijo:

—Parece como si no quisieras a Gabriel.

Gabriel la miró con una mirada honda. Ya para él hacía tiempo se le acabaron esas preocupaciones. Solo llevaba a rastras su resignación. Tenía hacia su mujer un agradecimiento o una especie de culpa por haberla escogido para compartir sus días grises. Un silencio de tránsito de hormigas se tragó las palabras de la señora que, por un momento, pensó haberse equivocado o ser injusta y mirando las tristes caras de los dos, dijo:

—Debe ser que les ha hecho falta un hijo, o varios. ¡Ellos llenan tanto un hogar y unen más a los esposos! Todavía pueden venir, pues están jóvenes, pero si continúan separados, durmiendo en distintos cuartos, me parece que no solo no vendrán, sino que el matrimonio puede acabarse. —Y dirigiéndose a ella, prosiguió—: No es bueno dejar al hombre solo que se puede enamorar de otra.

—Ya los hijos no me interesan y me parece mejor estar un poco separados. Gabriel no tiene voluntad para nada, creo que ni para volverse a enamorar. Ha sufrido mucho estos meses con la derrota de su gente. Tal vez vuelva a sentirse bien cuando ellos recobren la esperanza.

En el fondo de ella se hundían otras palabras, las que no podía decir en aquellos momentos. La madre no comprendería nada. *¿Por qué puede él enamorarse de otra por el hecho de que se sienta solo? ¿Yo no podría pensar lo mismo? ¿Qué diferencia hay entre un hombre y una mujer para los hechos de la vida? ¿Puede estar más predispuesto un hombre*

para cansarse de una monotonía? Y era precisamente una mujer la que daba esos derechos a un hombre como si ella no pensara en sus congéneres. Como si las mujeres tuvieran que soportar todo lo malo, lo negativo, sin levantar la voz ni el espíritu o poder rebelarse ante una situación que deja soloamente amargo sabor y duro golpe.

Sin duda era difícil para la madre no inclinarse hacia su hijo. Le pareció mejor seguir callando y dejar que la mente tendiera su red de sombríos pensamientos.

—¿En qué piensas? —preguntó Gabriel cuando se quedaron solos.

—En nada...

—No creo. Dime ¿en qué piensas? A veces te veo tan distante que me asusto.

—Pues no pienso en nada que pueda preocuparte. Me gustaría tener un aparato de televisión en la frente para que vieras las tonterías que pienso. Son tan tontas que no vale la pena contarlas.

Ambos siguieron con su cansancio y cuando ella se quedó sola, cerró los ojos para seguir con sus tristezas.

Las clases empezaron de nuevo. Se volvió a llenar de humano resplandor su existencia. Y empezó aquella noche de octubre, en que la salud de Gabriel sufría nuevos descensos.

Cada día lo invadía una nueva pesadumbre y al regresar, una noche de sus clases, lo encontró al borde de la desesperación. No podía llevar el mensaje que le recomendaron y con el que podía salvar un grupo de sus compañeros. Un dolor se lo impedía, entonces ella llena de fe, se ofreció para hacerlo y fue hasta el sitio, dio el mensaje que frustró un nuevo golpe de la policía, pues diez minutos más tarde se presentaron allí y solo hallaron a una anciana y un niño que dormían.



Capítulo 15

Diciembre se acercaba con sus días fríos y de entusiasmo. Todos hablaban de salir a otros lugares donde estaban los familiares. Gabriel hacía planes para ir a Maracaibo. Ella callaba.

—Toda la gente quiere viajar en estos días —dijo una amiga de la casa que escuchaba a Gabriel.

—Pero es ahora —dijo la mujer de Gabriel—. Antes cada quien se quedaba en su casa. Todos queremos imitar a San José y a la Virgen con la inocente idea de que nos nazca El Niño en cualquier parte, y después regresar cansados, ansiosos de volver a tener nuestras cosas y de que ellas nos tengan a nosotros.

Aquellas palabras callaron a los que compartían esa tarde en el corredor. Nada dijeron. Gabriel se quedó con los ojos turbios, mirando hacia adelante, callado, sombrío, como si ir a Maracaibo fuera lo único que deseara. Ir donde estaban sus familiares. Entonces ella pensó en los suyos, también ausentes y al evocarlos se le vino la casa grande rodeada de misterios, historias y fantasmas. Su gran solar lleno de duraznos y conejos que hacían más dulces y saltarines los años de su infancia. Los helechos como melenas verdes colgando de las vigas y los cuentos de la criada que llenaban de miedo la noche, las misas de aguinaldo, los pesebres, las apuestas, los frailejones y como si estos recuerdos le trajeran alguna alegría, dijo:

—Cuando estaba niña, en mi pueblo, diciembre era muy bonito. En los pueblos pequeños estas cosas tienen otro sabor y color. Las ciudades grandes tienen otros encantos, pero más caros.

Volvió por unos momentos la risa y la amiga dijo que en Oriente también eran muy alegres las navidades y todos participaban de esa alegría.

Al quedar solos, para alejar un poco la tristeza de Gabriel, le habló de su pueblo, de la Sierra Nevada, que él no conocía, que cuando niña tal vez no la contemplaba tanto porque los niños no se detienen en lo que está lejos de sus ojos, de sus manos.

Una tos fuerte rompió el aire de la madrugada. Diciembre había llegado con su carga de sorpresas y un dolor más agudo quebró el último residuo de la vida de Gabriel. La casa se llenó de gente. Ella iba de un lugar a otro sin coordinar los pasos, las ideas. Toda vida encierra un pájaro azul, un fruto. Toda muerte, un guante oscuro que oculta cicatrices, un perro manso, una orilla de sombra.

Miró cómo llevaban su cadáver por las calles hasta un árbol que guardaría sus cenizas. Después vio regresar a todos los que fueron con él. Se limpiaron los ojos, la tierra de los zapatos. Una canción que se escuchaba de una rocola cercana, aullaba con tristeza. Un viento frío le devolvió el sueño. Sus lágrimas apagaron las luces de la noche, sin ruidos. Y la imagen que estuvo cruzada en sus días de sombra se alejó en silencio. Se quedó contemplando su tránsito opaco por su vida.

Pensó en Alberto que había venido con sus familiares. Cuando lo vio le parecía que hacía mucho tiempo que lo dejó en aquel campo petrolero. No se habló sino de la muerte y la mayor parte fue el silencio.

Por aquellos días no sentía tristeza. Solo la embargaba una sensación extraña. Había clausurado un tiempo de sombra y poco a poco la luz iba llegando hasta devolverle clara la visión de las cosas. El filo de la soledad hundía más fuerte en su costado y pensó en el bien que le haría pasar unos días con los suyos, lejos de todo aquello, allá en el pueblo donde estaba el campo petrolero que había dejado atrás.

La envolvía una quietud sin angustia y ya en el carro que la llevaba a Maiquetía, dejó vagar su pensamiento tratando de poner en orden sus futuros planes, pero a pesar de todo, el recuerdo de Gabriel seguía adherido a sus espacios, a su apellido, como una medalla o un tatuaje. Hacía esfuerzos por alejarlo de su cerebro, mas a cada instante se tropezaba con él. Se abandonó a la idea de estar completamente sola, pero de pronto se sentía amarrada a otra orilla y cerró los ojos. Los abrió de nuevo cuando supo que ya estaba en el aeropuerto.

En un banco aguantó los minutos sentada al lado de un joven que para distraer el aburrimiento de la espera, le preguntó:

—¿Viaja a Maracaibo?

—Sí —le respondió, y con deseos de hablar con alguien, también le preguntó lo mismo.

—Sí, voy a trabajar allá.

—¿En alguna empresa petrolera?

—No, en un periódico. Yo soy periodista. Sí me ofrecieron en Caracas, en una compañía petrolera, pero estudié esta carrera con muchos sacrificios porque me gusta y allí me ofrecían otra cosa. Me enfrenté a una realidad desconocida. Todo me resultaba difícil o distinto a cuando salí de la universidad. Lleno de optimismo fui a la entrevista y al llegar encontré un hombre, cerca de los sesenta años ordenando unos papeles. Ni siquiera levantó los ojos. Todo lo hacía sin prisa, deteniéndose en alguna hoja que leía y rompía, con tristeza, como si tratara de romper recuerdos. Esperé un rato y luego apareció una muchacha pulcra y perfumada:

»—El señor X está en una reunión y su Asistente no vino. En cuanto se desocupe el jefe lo va a atender.

»—¿Usted lleva muchos años en la Empresa? —le pregunté al señor.

»—Toda la vida, diría yo —hablaba con tristeza— yo vine hace más de treinta años y si no fuera porque he llegado a la edad de jubilación continuaría, pero... la vida es así: unos entran y otros salen, unos nacen y otros mueren.

»Los años al frente de la empresa cuidando el trabajo, el lenguaje, la intención, lo volvieron un hombre de hablar cortado, como si tuviera miedo de decir mucho.

Por eso había podido llegar a tantos años allí sin tener problemas con la empresa, con los compañeros y hasta se jactaba de ello.

»—¿Siente usted dejar la empresa? —le volví a preguntar.

»—¡Cómo no voy a sentirlo! Aquí he pasado mis mejores años, llegando y saliendo a la misma hora. Todo el día con la misma gente... he hecho de esto mi segundo hogar... y francamente... porque cumplo sesenta años todo se me acaba de repente...

»—¿No ha hecho usted otra cosa, aparte del trabajo?

»—¿Qué más podría hacer? No ha habido tiempo. En las tardes, cuando uno sale no le provoca sino descansar. Son todas las horas del día detrás de un escritorio y se va escalando a un mejor puesto, más comodidad y más prestigio, las puertas se le abren para todo: fianzas, créditos y tantas cosas...

»—¿Tiene hijos?

»—Sí, tengo uno que ahora es ingeniero y a pesar de que siempre quise que trabajara en esta misma empresa, él es distinto a mí, medio loco, prefirió trabajar por su cuenta. No le ha ido mal. Ahora está haciendo un viaje por Europa. Yo pude haber viajado también.

»—Pero todavía lo puede hacer y ahora con mayor razón, pues tiene tiempo y dinero.

»—Ya estoy viejo y prefiero la tranquilidad del hogar. Además, estoy enfermo del estómago y en tratamiento. Cuando uno sale le provoca comer y beber. Me hubiera gustado viajar mucho, así como tener más hijos, pero siempre le tuve miedo a una mala situación... uno nunca sabe cuando lo van a botar...

»Alguien abrió la puerta y pensé que podría ser la muchacha para decirme que ya me recibirían, pero no, era otro hombre que miró al viejo y sin reparar en mi presencia le dijo:

»—¡Dichoso tú que ahora te vas a descansar con la comida segura!

»—¿Llamas dicha esto? Todavía me siento joven y útil, pero aquí ya no sirvo, ya soy un bagazo, como serás tú dentro de diez años, un bagazo...

»—Bueno, viejo, no se ponga bravo, ni triste —dijo de nuevo el hombre—. Siempre lo veremos por aquí, usted verá. Aquí quedan sus amigos.

»Cuando se fue el hombre, el viejo siguió diciendo: «ese es un arquitecto que al salir de la universidad vino a trabajar aquí y empezó en un departamento que nada tenía que ver con lo que estudió.

Así fue pasando el tiempo y ocupando puestos, cada vez, más importantes. Dejó su título guardado y le faltan diez años para irse. Dicho así, parecen muchos años, pero son como días... entonces uno dice: apenas ¡diez años!»

»—Ya el señor X salió de la reunión y lo va a atender. Véngase conmigo —dijo la muchacha.

»—Joven, el puesto que podemos ofrecerle es uno en la sección de productos químicos, allí tendrá un buen sueldo. Seguramente que llegará a ser uno de nuestros empleados de confianza.

»—Pero... mire... yo soy periodista. Me acabo de graduar... aquí está mi título y mis referencias —le dije—, pero fui interrumpido por el hombre que no podía perder mucho tiempo:

—No hace falta. Por ahora no tendrá nada que hacer con el periodismo. Tal vez más adelante. Lo llevaré hasta la acción y el jefe le explicará lo que debe hacer. Espéreme afuera, un momento.

»Me puse de pie como movido por un resorte y pensando en las palabras del viejo jubilado: «*somos unos bagazos*» «*somos unos bagazos*», le dije al señor que no podía aceptar el puesto que me ofrecían. Que necesitaba trabajar en mi profesión y como antes me habían ofrecido este puesto en Maracaibo, en un periódico, voy a presentarme.

Al descender del avión, después de despedirse del joven, tomaron distintos caminos. Él se dirigió al centro de la ciudad y ella fue en busca de un automóvil que la llevara al campo petrolero. El chofer del auto le preguntó a dónde iba y al decírselo se quedó mirándola con fijeza, trataba de reconocerla y ella hacía otro tanto hasta que al mismo tiempo encontraron las imágenes que buscaban:

—¡Ah! ¿No es usted la señora Elena? Yo no sé su apellido, pero la recuerdo perfectamente. Yo soy el chofer que le hacía carreras cuando usted estaba en los preparativos de su matrimonio. Siempre bonita. No le pasa el tiempo.

—¡Ah! Sí recuerdo. —Ella no sabía su nombre, pero volvía a tener frente a su rostro, el que veía por el espejito del carro y el que vio al salir de la iglesia al lado de Gabriel—. ¿Y ahora no trabaja en el pueblo?

—No, pero hago estos viajes allá desde que hicieron el puente, pues me resulta mejor. La veo de luto ¿por quién?

—Por mi marido.

—¿Murió su marido y usted tan joven? ¿Le quedaron cuántos hijos?

—Ninguno.

—Pero ¡qué suerte! Ahora se puede volver a casar.

—Y ¿usted se casó? —le preguntó.

—Sí, hace algunos años y ya tenemos tres niños. Mi mujer me dio de estreno unos morochos que son el diablo. Ahora me toca trabajar muy duro, menos mal que la mujer es buena y no tenemos mayores problemas.

Regresó al pueblo como si un árbol regresara de su copa a la raíz. La tristeza le asaltaba a cada instante. Miró la tierra, negra, fecunda de fósiles. El camino, todo. Miró al hombre petrolero como un soplo de aceite que le ahogaba la mirada y un signo de moneda extraña que le quema las manos. Callado, sin poder asir el sueño, sin poder llegar a la esperanza. Miró las cabrias, los *mechurrios*, los balancines. Todo en silencio.

Ahora podía ver más claro el contraste de un pueblo que parece haber sido trasladado de otro continente o país, donde hasta las autoridades se sienten impotentes, como si los campos petroleros no fueran parte de nuestro territorio. La tierra donde antes crecía el monte, verde, y a sus lados las veredas.

Los abrazos, los besos, las preguntas, las respuestas, las risas, todo lo que trae el regreso, le llenó el pecho. Durmió donde acunó sus sueños de adolescente. No quiso pensar, en esos momentos, en los largos años de sombra. Las fronteras del pensamiento no pasaron más allá de los recuerdos frescos y de luz.

Al día siguiente, quiso mirar la casa del campo donde fue a vivir su soledad.

No era difícil encontrarla en la hilera de viviendas iguales porque esa tenía algo distinto: un árbol que se hizo grande y su sombra era otro árbol acostado a sus pies. Se quedó mirándolo y Pensaba que el tiempo, a veces se detiene o cambia el color de las cosas. Hojas amarillas yacían en el suelo junto a los frutos que dejaban ver su pulpa morada y su corazón desecho. Las ventanas ocultaban otras vidas. Allí tras ellas vivían otros dramas, otras angustias, otros temores. Alguien se veía detrás de la tela metálica y ella no se movía de su torre de recuerdos.

—Señora, ¿busca alguna dirección? —preguntó desde adentro una voz de mujer.

—No, gracias. Estoy contemplando ese árbol tan bonito.

—Estaba aquí cuando vine y, ¡si viera lo útil que me ha sido! Allí debajo juegan y hacen las tareas mis hijos y yo me siento por las noches cuando es muy fuerte el calor, para tomar fresco. Y en sus ramas hemos colocado las piñatas de los cumpleaños.

Ella no podía ocultar sus lágrimas. Sin decir nada siguió hasta el balancín. A la sombra del almendrón jugaban unos niños que no eran los suyos.

Índice

Pág	
11	Capítulo 1
19	Capítulo 2
25	Capítulo 3
33	Capítulo 4
39	Capítulo 5
47	Capítulo 6
55	Capítulo 7
61	Capítulo 8
73	Capítulo 9
85	Capítulo 10
97	Capítulo 11
105	Capítulo 12
115	Capítulo 13
123	Capítulo 14
135	Capítulo 15

Tiempo de Sombra
se editó con amor en digital
en el mes de diciembre de 2022,
en el Fondo Editorial
Carmen Delia Bencomo – IBIME.

Mérida – Venezuela.



Carmen Delia Bencomo

Nació en Tovar el 05 de julio de 1923 y murió en La Guaira el 12 de octubre de 2002. Poeta, narradora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes. Fue maestra de preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en varias publicaciones como la Revista Shell de Venezuela, La Religión, Cultura Universitaria, Revista Nacional de Cultura, Churún Merú, Tricolor (1969-70), Diario Crítica, El tren de colores (Mérida, 1984-85). Fue Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, Directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura y Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Inventó una manera de hacer arte a través de retazos de tela. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos Infantiles auspiciado por el Banco del Libro, con La cigarra niña (Caracas, 1965). Con Los papagayos ganó el Primer Premio de Teatro Infantil (Dirección de Cultura de la UCV, Caracas, 1967). Ganó el 2^{do} Premio del Concurso de Poesías Infantiles del Banco del Libro, con Cartilla del aire (Caracas, 1970). Con Un cuento blanco para Mary, ganó el Primer Premio de Cuentos Infantiles de la Universidad de Carabobo (1983). Realizó estudios de Literatura y Biografías Infantiles en Europa.

